

12
1
0

626

LEJANA Y PERDIDA

OBRAS DE ISAAC MUÑOZ

NOVELAS

Vida (agotada).
Voluptuosidad, 3 pesetas.
Morena y Trágica, ídem.
La Fiesta de la Sangre, ídem.
Alma Infanzona, ídem.
Ambigua y Cruel, ídem.
Lejana y Perdida, ídem.

ESTUDIOS

Libro de las Victorias, 3 pesetas.
La Agonía del Mogreb, ídem.
Política Colonista, ídem.
En el país de los Cherifes, ídem.

19 ans.

R. 412.589



ISAAC MUÑOZ

LEJANA Y PERDIDA

NOVELA

..... MCMXIII

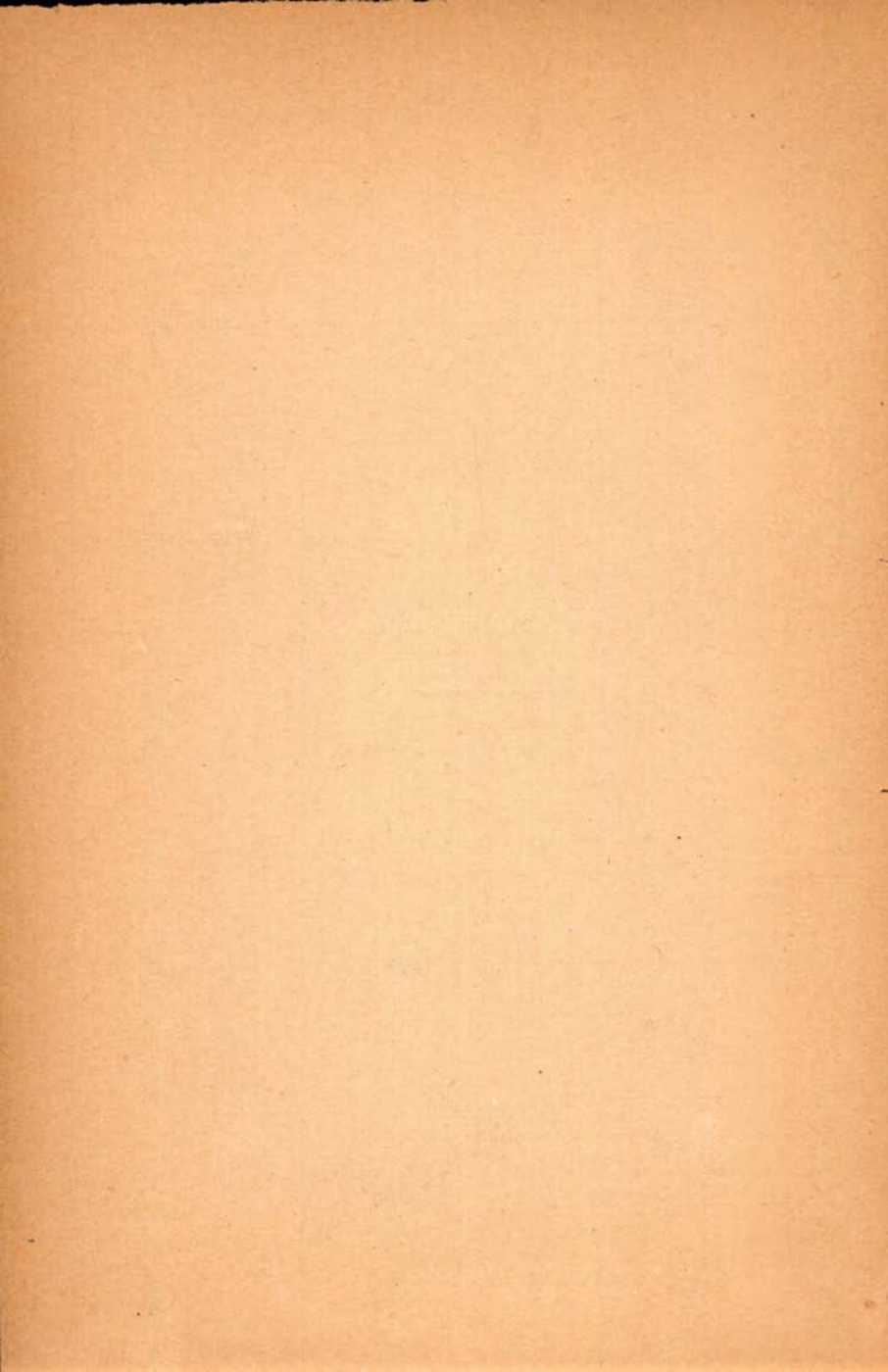
MADRID. IMPRENTA HELÉNICA.

PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3.

ES PROPIEDAD

CAPITULO PRIMERO

HECHIZO MORO



El desierto me atraía como una boca fascinante, y huí para siempre á su misterio, á su soledad animada por todas las voces divinas y por todas las imágenes del pensamiento.

Beni-Nuar...

Paraje maravilloso encantado con el hechizo y con la angustia de lo que ya no existe.

Una humedad cálida, voluptuosa y penetrante, impregnaba mi piel, con una gracia de lágrimas.

Las montañas ardían como vastas hogueras.

Sobre la tierra crepitante, ni un árbol, ni un fresco matiz de verdura.

Algunas hierbas de un color áspero de hierro oxidado, y en los barrancos, zonas de sombra de un brillar metálico.

El horizonte aparecía lleno de velos, inquietante y cerrado.

La luz penetraba en nuestra carne y en nuestro espíritu, con una salvaje violencia desgarradora.

De cuando en cuando, alguna cónica tienda negra tejida con pelo de camello, y algún árabe semejante á un águila, que pasaba como perdido en un sueño incomprensible.

Tierra calenturienta, rocas de alucinación, ceniza miserable.

Alguna vez, la nota lejana y pastoril de una dulzaina, que repetía triste y monótonamente como una crispación del alma, como un trágico motivo de dolor igual y eterno.

El aire densamente caliente, como mórbido, me traía un aroma profundo de extrañas hierbas desconocidas y de acres secretos carnales.

Pasaba por mis labios ese amargor salobre del agua del mar.

Y el motivo obsesionante de la dulzaina, vibraba sin fin en el espacio vastamente sonoro.

Aquella música bárbara y horrible, diríase que era mi ambigüedad eterna, el secreto obscuro del Islam, la ansiedad torturadora de mi deseo implacable, la fatalidad ciega, el enig-

ma hosco del Destino, y la tristeza de lo irremediable y de lo que nunca ha de ser.

Beni-Nuar...

En la llanura áspera, salvaje y luminosa, mi breve aldea mora, era trágica con su mezquita triste de un verde muerto, con su *Kasbah* milenaria, con su vetustez amarilla, reseca, polvorienta, con su conjunto desencajado, hendido, desconcertante como una fiebre poblada de fantasmas absurdos.

Mi alma sentía maravillosamente toda la desolación, todo el abandono, la tragedia silenciosa de aquellas ciudades moras muertas bajo el sol.

Fuera de la ciudad, el desierto caliente y feroz como las fauces de un león, y ligeramente excitado por las suaves nubes de arena.

La ciudad, la tierra, el aire, todo parecía abandonado, como momificado, por el sol y por los siglos.

Una tristeza agigantada por la soledad fiera, inmovilizaba mi alma.

El sol arrancaba á la tierra inauditas vibraciones, fulgurantes centelleos.

Los buitres que cruzaban el aire como pal-

pitante, adquirirían un ardoroso color de azufre.

Las casas tenían un silencio tan profundo, que producía una helada crispación de terror.

Como un cadáver envuelto en negras nubes de moscas, dormitaba algún árabe, rígido sobre el suelo, con los brazos en cruz.

En los nichos de las tiendas, los mercaderes, con las herméticas caras pálidas inclinadas sobre el rosario, rezaban con lento silabeo.

Paz... muerte... desprecio absoluto de la vida y espera extática de lo indefinible.

En la *yamma*, voces infantiles y claras, recitaban versículos del Korán.

Y aquellas salmodias eran como la expresión de la infinita nada de la tierra.

Poco á poco, las voces se desvanecían también en el denso sopor ardiente, que apagaba inefablemente todos los rumores.

Las callejas tortuosas, febriles, negras, alucinaban.

Las bóvedas milenarias que ocultaban el cielo, daban una tétrica impresión de subterráneo, una angustia confusa de ahogo, una desesperanza fatal.

¡Rincones del Mogreb, palacios misteriosos llenos de tantas tragedias de amor que jamás serán sabidas!

Y luego, como una iluminación imprevista, como un fulgurar de pasión en unas pupilas tristes, un divino paraje de verdor, de frescura y de sombra.

Era como una isla maravillosa surgida por conjuro.

Entre muros centenarios carcomidos y adustos, jardines secretos de un encanto fascinador, poblados de pájaros, de perfumes densos, habitados quizá por mujeres que nunca habría de ver.

El bosque de palmeras, era tan compacto, que quedaba encerrado entre aquella cúpula de un claro verde consolador y el calor húmedo y sensual que ascendía de la tierra.

Las palmas se elevaban rígidas y brillantes como árboles metálicos.

Y todo el camino era como una larga estela perfumada.

A través de las zonas floridas, pasaba el río como un rayo de luz.

Mujeres envueltas en blancos velos y des-

nudas las soberbias piernas morenas, lavaban en el agua espejeante, batiendo la ropa con el gesto bárbaro y monótono de un ejecutor oriental.

Algunos niños semejantes á ídolos de bronce viejo, se bañaban dando saltos con tigrescas elasticidades, y aquellos cuerpos enjutes, ágiles, sin músculos, de un moreno rico de sol tenían una gracia fuerte de alegre animadidad.

Las flores del granado, del color de fuego de una cabellera que yo amé mucho, rozaban mi cara como suaves caricias humildes.

De la tierra humedecida surgía un fresco y profundo aroma de menta.

Y en ráfagas que venían abrasadas y áridas, se presentía el desierto, el silencio extenuado de la llanura inmóvil en donde no hay más movimiento que el temblor de la luz.

¡Ardor violento, tembloroso é insaciable de la sangre árabe, y ansia infinita y sedienta de frescura verde, de paraísos misteriosos estremecidos por inefables voluptuosidades!

Había como una lejana promesa de felicidad en el gentil rincón florido, y parecía que

la vida, una vida breve, tierna y luminosa, pudiera ser cogida palpitante y cálida en nuestra mano.

El ansia, siempre el ansia en las eternas soledades africanas.

Alguna vez, un dulcísimo rumor de agua que más bien parecía como una voz de ensueño surgida del éxtasis de nuestro espíritu.

En la humedad cálida, nuestra carne adquiere una sensualidad vasta como la vida y como el dolor, sentimos que nuestra piel recoge caricias más fugitivas que adivinaciones, que una languidez densísima entorna nuestras pupilas tocadas de muerte, que en nuestros labios hay un beso desgarrador y sin fin.

Recuerdos amados de mujeres ya perdidas para siempre, perfuman amargamente nuestro corazón; nos estremece el ansia cruel de murmurar su nombres, sus nombres tan lejanos que ya tienen el aroma de la muerte y del olvido, y soñamos sabiendo que todo es sueño, con renacimientos imposibles, con primaveras fabulosas que nunca más tornarán a florecer.

Mi juventud es ya la muerte, y mi alma está

cubierta de velos como el *rostro enigmático* de una mora.

Las tórtolas que han cantado para todos los amantes, y que se enamoraban entre el brillar fulgente de las palmas, ya no cantaban para mí ni para mi amor perdido.

Aquellas granadas medio abiertas, que flameaban entre las frondas, ya no ofrecían su magia de fuego á los labios voraces de mi amada.

Ni el aire tenía aromas ni estremecimientos suaves, para unir más dulcemente nuestras bocas.

Nunca más...

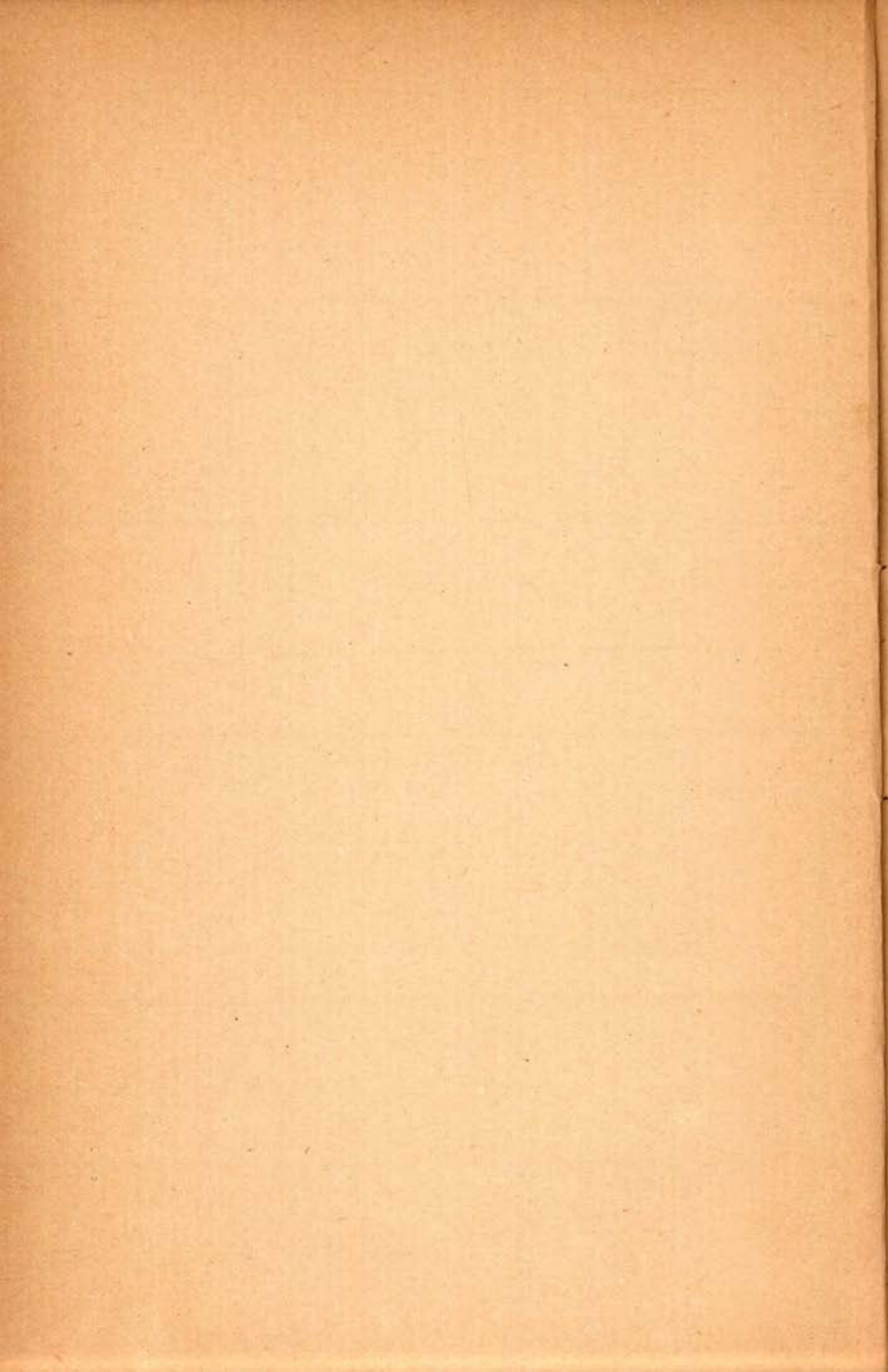
Mi alma ya era olvido y silencio.

Mi vida era la sola perspectiva del desierto, árido, calcinado de luz, infinito.

Y mis pensamientos eran como un collar roto, cuyos zafiros se perdieran en las vacuas inmensidades de la eternidad ó de la nada.

CAPITULO II

BENI - NUAR



La ciudad en la luz parecía amortajada de un blanco crispador.

Viejas hechiceras envueltas en harapos pardos, en rotos *jaik* miserables, acurrucadas en el suelo, vendían perfumados panes morenos y frutas de un fuerte color sazonado.

Aquellas viejas eran como destinos trágicos enclavados en los linderos de la vida.

No sé qué de fatal y de obscuro había en aquellas brujas momificadas, que eran como horribles interrogaciones al misterio.

Judías de tez muy pálida y de inmóviles ojos muy negros, caminaban lentamente arrastrando con desmayo sus babuchas de terciopelo bordadas en oro.

Y en las mujeres de Israel había como una fatiga de cien siglos, como el desvanecimien-

to de una raza podrida que se extingue, como la tristeza ciega de lo que muere arrastrado por las corrientes del destino.

Moros acerbos y cobrizos, de una elegancia enjuta y ágil y de pequeños ojos fosforescentes, tumbados en el fondo negro de los cafés, tomaban religiosamente el té aromado de menta y fumaban el *kiff* de los sueños, de los miedos, de las alucinaciones y de la muerte.

Y la muerte, la divina trágica, pasaba por todas las cosas, por el aire, por la tierra, por la luz, con un silencio helado y con una profunda fascinación.

Sucios camellos polvorientos, nostálgicos del desierto, de las infinitas soledades de sol, gritaban con largos y horribles gritos estridentes.

Negras esclavas de mejillas cortadas, adornadas con bárbaros collares de piedras rojas, verdes, azules, y con anchos aretes de plata, pasaban sonrientes, con sonrisas de dientes fosfóricos de blancura.

Moros viejos de barbas humosas y de pálidos rostros inertes, inclinados y silenciosos, tallaban las pesadas pulseras de metal, los

jamsa talismánicos que habían de alejar la desgracia de la cuna de los niños, y el gesto de aquellos hombres era tan lento y tan extraño, como si estuviesen bajo la gracia inmaterial del sueño.

En el aire había como un secreto impenetrable y angustioso de amor, de pasión salvaje y escondida.

Chiquillos ásperamente morenos, con el cráneo afeitado, sin conservar más que un negro mechón en trenza, corrían endiabladamente, chillando con gritos agudos como golondrinas á la hora religiosa de la tarde.

Acurrucadas entre el polvo seco y amarillento, niñas muy pálidas de gesto recogido y pensativo, adornadas con una estrella azul en la frente y con ingenuos brazaletes en las finas muñecas, miraban con una mirada persistente y oscura que tenía como misterios de otra vida.

La luz centelleante, parecía alegría, alegría plena y densa de vida al sol, y sin embargo, una tristeza horrible, una desesperanza de fatalidad, una agonía sin término estrangulaba el alma.

Se sentía ferozmente, implacablemente, la tristeza sorda, irremediable, de lo pasado, de lo presente y de lo futuro.

Sabíamos que la muerte acechaba inmóvil en el fondo de todas las pupilas, sabíamos que sólo la muerte crispaba las bocas con una sonrisa desconocida, que aquel perfume violento de amor, de putrefacción, que desgarraba los aires, era también la muerte.

Y sabíamos que no éramos sino sombras vacilantes conducidas por la mano hermética del destino.

Bajo el sol, el misterio, el misterio más vasto que la vida, un misterio sin principio ni fin, que nos envolvía como una nube opaca y siempre cerrada.

Yo me sentía desprendido de la vida, errante, ligero y con la eternidad ante las pupilas.
¿El tesoro de la vida?

Humo que jamás llega á los cielos, una cara de amor que no es sino la máscara de la muerte, un divino aroma en el que se presiente la descomposición.

Y la fatiga, la sed, el dolor y el desierto sin límites.

Mi *duar* moro estaba animado por un encanto melancólico y penetrante, porque era el olvido, la paz que no se interrumpe, el adiós á todos los sueños que fulguran y desaparecen.

Un cementerio abierto al sol, vivo por el palpitir de los velos y por las voces dulces de las mujeres, fuentes de las que fluye el agua gota á gota, silencio y misterio á lo largo de las calles negras, un pájaro que vuela sin rumores, unas flores que se deshojan con un trágico perfume, unos ojos que se vislumbran y que nunca más se verán, un grito extraño, casi sobrenatural, una sonrisa suavisima y desgarradora que han hecho los siglos.

Alguna vez, el estruendo de gaitas y atambores estremecía á la ciudad como una feroz caricia salvaje.

Y al sonar de los atambores moros, despertaba en mi sangre toda mi raza árabe, aventurera y heroica.

Y el morisco que hay en mi alma, vibraba con ímpetus de tigre ante la cruel fascinación de la sangre, ante el ardiente clamoreo de las músicas guerreras.

Pasaban cortejos luminosos de velos de oro,

de vestiduras fulgurantes, de altas diademas en las que brillaban rubíes, esmeraldas, topacios, aguas marinas, entre un ulular frenético y un incesante sonar metálico de aretes y de ajorcas.

Moros de la montaña, acerbamente ágiles, de hundidas pupilas llameantes, disparaban las espingardas incrustadas de nácar, de plata y de marfil, y el olor de la pólvora excitaba con hiriente fiereza.

Sol, polvo, como una corriente de fiebre, de salvaje locura, como un vértigo de ferocidad ardorosa y desgarradora.

Gritaban las mujeres el *yu yu*, y las gaitas sonaban sin término, calientes, monótonas y alucinantes. En los gritos de las mujeres árabes y en el quejido estridente de las gaitas, hay mucho del aullido del chacal.

Después, danzas de mujeres, danzas lentas de un ritmo sagrado.

Gestos silenciosos, actitudes hieraticas ungidas con una misteriosa liturgia de amor.

Resplandores de pupilas negras en cuyo fondo sólo fosforecen las dos divinas luces del amor y de la muerte.

Y velos siempre, velos ocultando las maravillosas flexibilidades de los cuerpos, velos ocultando la palidez enigmática de las caras y la sensualidad insaciable de las bocas, velos ocultando las almas siempre herméticas y cerradas.

Alguna vez, la angustia torturadora de estos corazones de mujeres, se exteriorizaba en un desfallecimiento indefinible, en un melancólico desmayo del ritmo, en un incendio rápido y purpúreo de las pupilas antes extasiadas.

Y se adivinaba entonces la ansiedad angustiosa de la boca, la crispación atormentada de la carne, la contracción dolorida de la frente, pero de nuevo la tristeza ciega de lo irremediable inmovilizaba la tensión del espíritu, y la danza tornaba á su ritmo de siglos, á su encanto siempre igual, como la vida.

Otras veces, un cruel soplo de pasión agitaba las magras carnes desconocidas de las danzarinas.

Toda el alma tendía hacia aquellas manos de llama, con las uñas felinas ensagrentadas, hacia aquellos enigmas en los que se presentían inauditos y feroces ímpetus de amor.

Y una embriaguez exquisita y amarga aniquilaba el alma ante aquel secreto, ante aquel misterio en el que nunca podríamos penetrar.

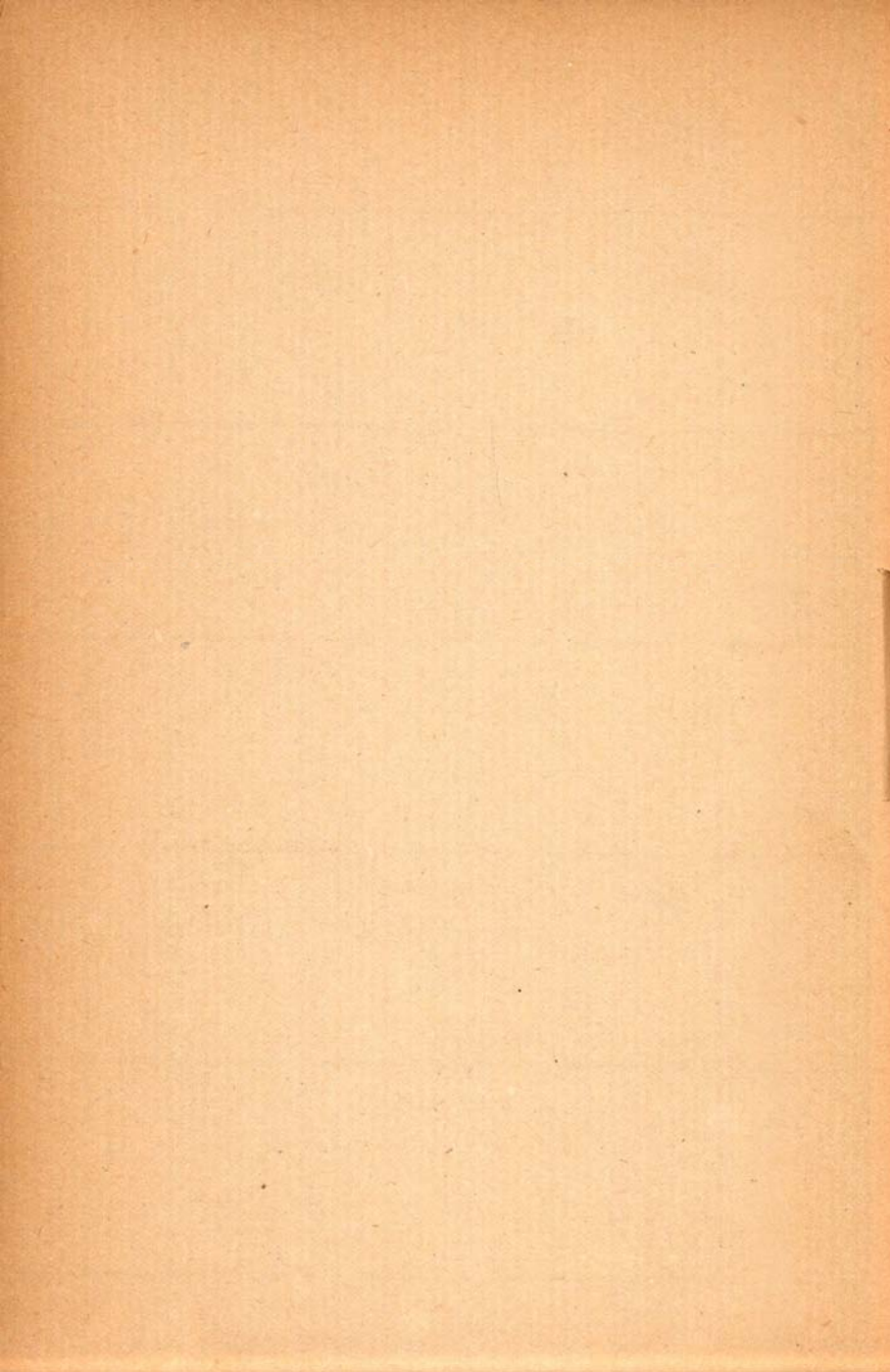
Tras los muros blancos de toda casa mora hay siempre un drama innenarrable que nadie sabrá jamás, y tras las pupilas negras de todo árabe hay siempre una tragedia llena de muerte y de fatalidad.

El misterio del Islam, absorbe, fascina, perturba, mata como un amor único, y bajo la paz hecha de soledad y de silencio más cerrado que un corazón, late la angustia mordiente, la áspera zozobra de lo que no tiene esperanza ni consuelo.

Y el encanto árabe es tan suave, tan penetrante, tan hechizadamente atractivo, que desvanece como un aroma violento, que extenua como una boca de pantera ó de mujer, que absorbiera nuestra sangre, en un largo, dulce y aniquilador beso mortal.

CAPÍTULO III

MI KASBAH



Mi casa mora era terrosa, austera, de un barro duro y secular.

Era una morada humilde y primitiva de *cheik*, un lugar oscuro de olvido, de recogimiento, de pérdida en la monotonía acre del ambiente.

Breves estancias ornadas de tapices, de pieles de fieras, de lámparas de cobre, de cojines de cuero de Marrakesh, de *marfaas* delirantes de color, de armas fulgurantes, de braseros de bronce para quemar los perfumes.

Y todo áspero, fiero, impregnado de un carácter seco y enjuto y de una elegancia viril.

La azotea abierta al sol, al aire, á la inmensidad, era como la pupila de la casa y como su alma luminosa.

Bajo mis ojos, todo el bosque de palmeras se estremecía encendido y resonante.

Y las hojas del árbol de luz, semejaban milares de curvos alfanges de un brillo azul y frío de acero.

La ciudad se encogía bajo mi *kasbah*, parada, febril y huraña como una fiera enferma.

Lejos, el presentimiento angustioso del desierto, la tristeza infinita de los espacios vibrantes de luz.

Y violencias inauditas de color, y en el espíritu el ansia de ser arrastrado por el vértigo de la línea sin término.

En el centro de la azotea, una amplia abertura atraía la mirada hacia la frescura de la sombra.

Y penetrando en aquella húmeda negrura, se vislumbraban misteriosamente velos albos, diademas de oro, ajorcas relucientes que tenían como un resplandor de sueño.

En aquel antro tenebroso vivían mis mujeres, perdidas en un encanto inefable de soledad y de poesía.

Mujeres llegadas como el destino á la puerta de mi lar, y que como el destino se desvanecerían un día, no dejándome sino algún

pintoresco collar bárbaro, y una venenosa amargura en el corazón.

¡Divina tierra mora ya condenada fatalmente, manchada de tristeza y de muerte!

¡Peregrino rincón perfumado de nobleza y de melancolía, en el que una raza aristocrática y heroica ha detenido á los siglos con el hechizo maravilloso del Islam!

Los bárbaros de Europa no comprenderán jamás toda la gracia, toda la gentileza, toda la dulce sabiduría, toda la purísima elegancia, todo el ágil ímpetu, todo el ardiente sueño que esconden las almas árabes bajo las negras pupilas veladas de lejanía y de tristeza.

Y el Islam morirá sin que las carniceras razas de Occidente, hayan adivinado su fabuloso tesoro de poesía.

En la luz, surgió mágicamente una de mis mujeres.

Llevaba un kaftan rojo bordado en oro, cuya pesada suntuosidad se velaba con la gracia aérea de la *felasia* de muselina.

Pendían sus trenzas anchas de un negro azulado, fuera del pañuelo de una seda bárbara y llameante.

Y entre las largas pestañas, sus pupilas florecían idolátricas y salvajes.

Rajma...

La más amada, la que más cruelmente torturaba mi carne siempre flagelada por el amor, la que me miraba con unas pupilas más distantes, más herméticas, más ávidas y más feroces.

Ella multiplicaba prodigiosamente mis sueños y hacía florecer en mi sangre la sangre de un Califa de Bagdad.

¡Ensueños á la sombra de unas pupilas inconscientes que no saben sino de amor!

¡Fuerza soberbia de la poesía y de la fe, que nos abre los cielos divinos de la quimera!

A la hora del Mogreb, teniendo entre mis brazos á Rajma y las pupilas en lo infinito, yo oía como desde otra vida la voz del almuédano llamando á la oración.

La tarde huía como un amor en un silencio extático.

Todo se iluminaba con una claridad de prodigio.

La brisa de la noche agitaba el bosque de palmeras con temblores murmurantes.

De los jardines venía un perfume ligero sustilizado con la frescura nocturna.

En las azoteas de todas las casas, surgían misteriosamente, como conjuros, blancos fantasmas femeninos.

Y la hora era como una gota de rocío en unos labios sedientos, como una palabra de amor dicha en la obscuridad y en el silencio cuando la desesperación estrangula el alma.

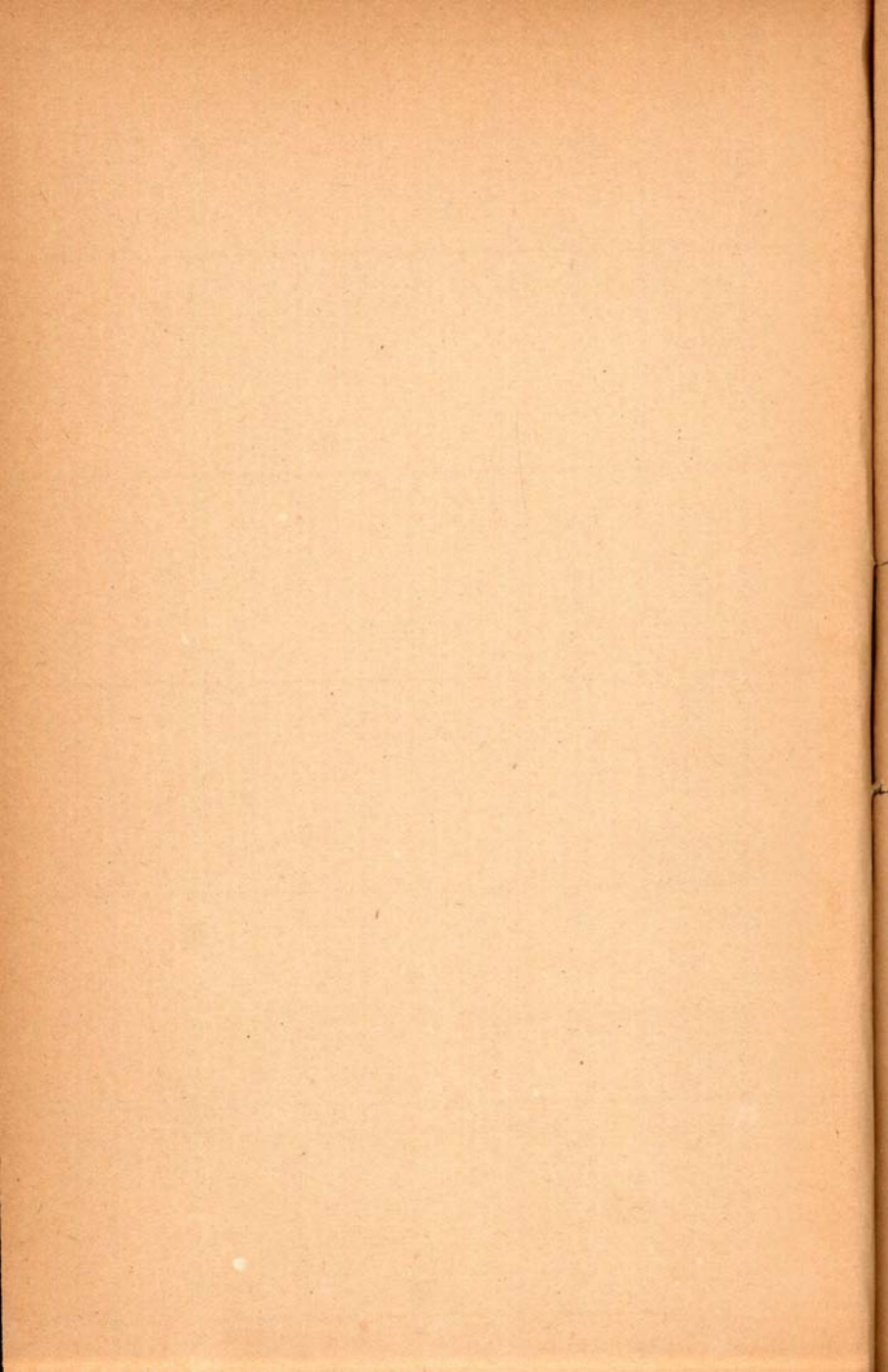
Y más tarde, la luz antigua y familiar de la lámpara de aceite, la boca de la amada, el aroma aniquilador de su sexo excitado por la pasión, el silencio vasto como la eternidad, y el no saber nada del mañana, ni del pasado, y el descansar en un amor humilde y triste, entre los dos caminos de la vida y de la muerte.





CAPITULO IV

DÍAS ÁRABES



¿La vida en la monotonía dulce de los días africanos?

El espíritu árido, acremente inquieto, que ha reposado una clara mañana sobre las arenas del desierto semejantes á perlas, ó ha percibido la melodía misteriosa de un jardín cerrado en el que el alma es como un pájaro, sabe el secreto de la paz que fortifica el espíritu.

El que ha sentido toda la gracia de la tarde sobre una suave colina perfumada, no ignora el reposo del corazón que no sufre, de la alegría que no estremece, de la pena que no hiera.

El corazón en estos parajes de olvido y de silencio, es más ligero que el aire del otoño.

Una transparencia diáfana ilumina nuestros pensamientos.

Recuerdos olvidados pasan por nuestro espíritu con suavidad de alas.

Rostros borrosos, como de muertos, surgen en nuestra memoria con una desolación lejana y miserable.

Y sentimos que el sol, que el aire es nuestro, y que una libertad nómada y salvaje es la medula de nuestra vida.

El Profeta amaba los jardines, los parajes de aroma y de quietud.

Y el Oriente todo es como un vasto jardín poblado de esencias profundas, de ensueños fugitivos y de bellas fieras consteladas de fulgores.

No ambicionar sino una boca húmeda en la que relucen unos dientes misteriosamente crueles, un poco de sombra bajo la gentileza de una palmera, una hora inefable de sosiego, y un vaso de fresca agua cuando el calor y el polvo calcinan las fauces abrasadas.

La vida no es sino un momento enigmático, y los días de felicidad están contados.

El divino poeta de Persia dijo :

«Si sabes de algún rincón en la tierra, desconocido de los hombres, no reveles nunca tu

secreto; las gentes romperían bárbaramente su encanto ignoto y penetrante.»

Si algún paraje queda en la tierra de los hombres que conserve su poesía secreta, pronto será destruído y ráfagas de violencia arrastrarán su perfume sutil y melancólico.

El olor de la descomposición es el aroma de la vida, y todo muere y todo hechizo desaparece al fin.

La tierra en estos lugares del Islam tiene color de aurora, y la Naturaleza es como un sueño indefinido y ondulante.

Y la tristeza desgarradora é irremediable del Oriente, á instantes devora el alma, pero siempre es como un velo claro y lejano.

La mirada sigue el vuelo de los buitres que trazan círculos en el aire y proyectan sobre la tierra una leve sombra temblante.

Se presiente que el alminar de verdes azulejos de brillar metálico, se convertirá en polvo bajo el implacable silencio de los cielos.

El alma avanza hacia el futuro, como por un puente de luz.

Y percibimos la muerte á lo largo de los horizontes, en el breve deleite del bosque de

palmeras, en la crispación de la luz sobre el blancor doloroso de las casas, en el fondo de las pupilas que nos acechan tras una celosía, en la sombra que surge como una amenaza.

Y ni un terror nos estremece, ni una alucinación incendia nuestro espíritu.

Nada hay semejante á la atracción de la noche en la tierra milenaria y fanática del Mogreb.

Silencio en el azul que tiene luminosidades de zafiro, silencio en la tierra abrasada de pasión, silencio en la *medina* cerrada como una boca imperativa, silencio en el alma que gusta religiosamente el amor como un rito atormentado de feroces voluptuosidades y de crueldades misteriosas.

Por los ajimeces de una elegancia altiva y pura, entra el azul, la música de la noche, una ansiedad larga y dolorosa, y en la sombra flúida y palpitante, surge la cara de la amada, llena de lívidos resplandores como un rostro lunar.

Hay momentos en que los sueños adquieren una cruda precisión angustiosa, un bár-

baro relieve que mortifica más acerbamente que una imagen viva.

Pero esta violencia áspera y dura desaparece, se suaviza en tenuísimas gradaciones, y entonces como una claridad dulce, como un reflejo de aguas, ilumina pía y extáticamente nuestro espíritu.

Sabemos que un estrago ha destruído ó está á punto de destruir la belleza de nuestra leyenda y la gentileza de nuestro jardín, pero sabemos también que todo pasará, y que nuevas hojas lucientes ó nuevos frutos de plata, tornarán á florecer en la divina primavera cercana.

Presentimos á veces en la desolación mortuoria de las ruinas, en la seca fiebre de la tierra quemada, que algo trágico nos espera, que un anuncio de desgracia llega á nosotros desde lo invisible.

Y algo indefinible é inefable nos paraliza, y una serenidad ensoñadora nos detiene ante lo irreparable, ante aquello que está escrito y que fatalmente debe cumplirse.

Siempre el mismo horizonte, la misma lí-

nea flexible y ágil que acaricia el alma como una música desfallecida.

Siempre los mismos matices de seda en los desvanecimientos de la luz.

Siempre las lejanas volutas de arena que á las horas finales de la tarde semejan ligeros pétalos de rosa.

Y siempre un sentimiento de delicia que llena el alma como una melodía pura, la leve sombra del bosque que es como un pájaro de anchas alas sobre la arena de oro, el reposo absoluto del aire, la alegría ardiente de las pupilas en la luz.

En la misma fealdad dolorosa del *duar* miserable y desquiciado, había una extraña atracción penetrante.

En todo lo horrible, en todo lo agobiado por la destrucción, hay una fascinación indefinible, una seducción acre y mordiente, y un hechizo de piedad y de desconsuelo.

Como existe la embriaguez del placer, existe la embriaguez de la desolación.

¿Y no es la vida la más penosa de las desolaciones?

El sereno bien de la melancolía apacigua

todas las asperezas del espíritu, y da como un animador matiz de oro á las densas obscuridades del pensamiento.

Y cuando en el espíritu no queda ni aun el eco de la vivacidad de los rumores, una alegría arcangélica de palomas surge de pronto con un amplio vuelo, que es como una resurrección de nuestra propia alma.

Saturarse de soledad, de abandono, perderse en la más incógnita encrucijada de la Naturaleza, para luego renacer y tornar á la vida como si se viniese desde otro mundo.

Un *duar* primitivo, evocador del mágico y lejano círculo árabe, sol hasta en el más remoto fondo del alma, y silencio, un silencio que sella nuestros labios y nuestro espíritu y que nos aísla divinamente de todos los sordidos horrores de la vida.

Algún azulejo de oro, algün gentil arco de trazo armonioso, alguna cisterna elegante y suntuosa como una joya, que recordaban el maravilloso tiempo antiguo, avivaban cruelmente la pena angustiosa de todas las cosas desaparecidas y de las que estaban en el límite misterioso de la nada.

Ciertas tardes, yo subía con el *mudden* á lo alto del alminar de la mezquita.

Al izar la bandera blanca de la oración, los trágicos cuervos abrían sus negras alas como remordimientos en un alma atormentada.

La voz del que llamaba á los creyentes, resonaba vasta en los aires, á instantes como un salmo, á instantes como una queja, á instantes como un alarido, á instantes como una maldición.

La tarde era un milagro bajo el cielo de turquesa, en el que comenzaban á encenderse estrellas muy pálidas.

Se iluminaban las ventanas de las casas, y las voces de las mujeres tenían un encanto más acariciador, más profundo y más íntimo.

Y entonces mi alma era como un pájaro que tendiera sus alas para perderse tras una nube lejana.

Otras tardes, lento y con el espíritu devorado por amarguras que nadie sabrá jamás, me acercaba al ligero río humilde y luminoso.

Agua divina que contiene todas las delicias, y que lleva la magia de los sueños á lo infinito.

Entre los laureles de la orilla, surgía alguna vez con una gracia fugaz y ágil de doncella, alguna gacela de ojos suaves y de miembros rosados.

Y al son del agua yo cerraba los ojos y mi espíritu se perdía en la suprema dulzura del no ser.

Pasaban las horas, pasaba la vida, llegaba la noche, y alguna hoja desprendida por el roce de un pájaro, me tornaba á la existencia y me hacía abrir las pupilas como un resucitado.

Volvía al *duar* con una tristeza leve como el aire de Abril, y la tierra me enviaba su perfume de menta y de verdura mojada.

Y entre las ramas esbeltas de los laureles, se amaban las tórtolas con ese canto que es la expresión más ferviente y ardorosa del deseo.

Los viernes, los días de fiesta del Islam, iba al pobre cementario árabe en el que crecen las rosas y las lápidas funerarias no tienen un nombre.

Algunas mujeres envueltas en velos blancos, dejando entrever el oro violento de los kaftanes, acurrucadas sobre las piedras, se-

mejaban ídolos inmovilizados por el dolor.

Otras descubriendo sus pesadas ajorcas de plata y sus negras pupilas fatales, reían con inquietantes risas agudas, y aquellas risas tenían una voluptuosidad perturbadora y feroz en el silencio de muerte.

Sobre los cadáveres nacían las flores y el sol, el divino sol del Mogreb, calentaba la tierra como para el amor.

Junto á las tumbas, pequeñas cavidades recogían las aguas de lluvia, para que pudieran beber los pájaros del cielo.

Y los niños, esos maravillosos niños árabes de tez de ámbar y de ojos llenos de toda la poesía de la tierra, jugaban tal vez con un trozo húmedo de mortaja, quizá con un cráneo roto en el que aún se conservaban cabellos adheridos.

¡Tardes inenarrables, resplandecientes como fabulosas auroras, tardes en que quiméricos fulgores de sangre caían desde los cielos sobre la tierra azul de noche!

En el crepúsculo, las bárbaras rocas extrañamente cinceladas por el viento, por la llu-

via y por las arenas, adquirían inauditos reflejos purpúreos.

Y el desierto, lejos, ofrecía á los ojos deslumbrantes encantamientos de hechicería.

Diríase vivir en un lejano y peregrino cuento árabe.

La luz simulaba en la lejanía, fulgentes ciudades de cobre, prodigiosos alcázares de topacio, brillantes de un fuego cegador.

Y el incendio surgía allá en el corazón del desierto, en el paraje horrible y misterioso que había dado sepultura á tantas caravanas.

A la hora del crepúsculo, todo se transfiguraba.

Y la aldea mora, y nuestras penas, y nuestra vida toda no eran sino espejismos.

Y las gentes, esas gentes primitivas y fieras que me rodeaban, eran como sombras detenidas en un sueño eterno.

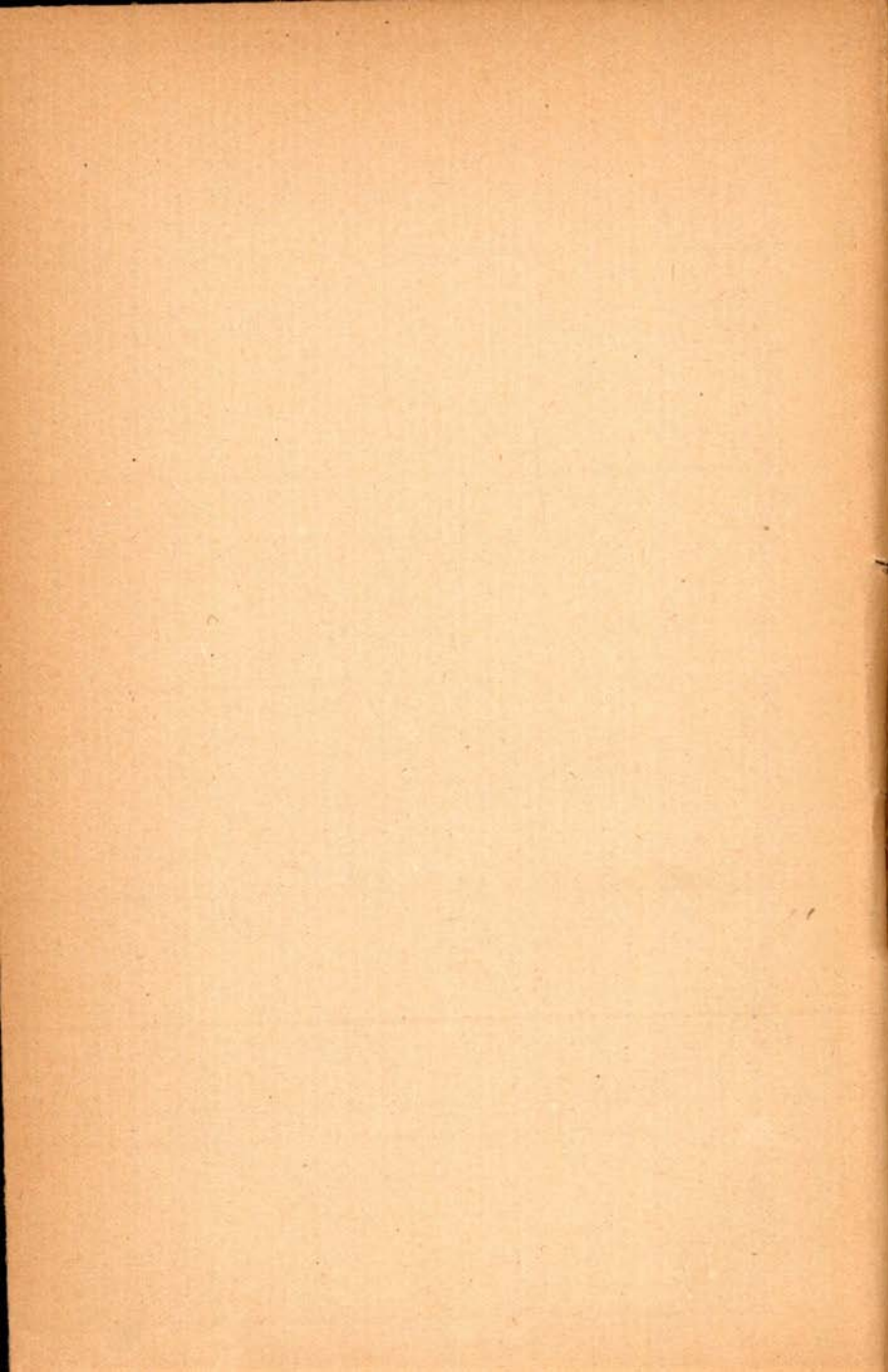
Y parecía que todo á nuestro paso se habría de convertir en polvo, y que una muerte inevitable nos esperaba para aniquilarnos dulcemente sobre el tapiz ensangrentado y bajo la lámpara de cobre.

¡Hermanos árabes, que vivís en la más ar-

mónica paz con la tierra y con el cielo, que sois puros amigos del sueño y del amor, que todo lo despreciais soberbiamente, y que hacéis de vuestra desnuda pobreza como una altiva nobleza más, vuestros días son breves y la hora final está cercana!

CAPITULO V

JUNTO AL DESIERTO



Sol, arena, silencio y muerte.

Ni un pájaro en el aire calcinado, ni el grito de una fiera caliente de pasión y de vida.

Algún oasis miserable, más trágico que la misma soledad, algunas hurañas casas de barro, sombríos retiros de desesperación, y unas palmeras espectrales, reseca y como quemadas por la arena.

Y sin embargo, en estos rincones llenos de un profundo y obscuro encanto de soledad y de resignación, yo he conocido la alegría salvaje y única de sentirme sólo en la tierra, he saboreado como un bálsamo la paz de la sombra después del vértigo enloquecedor de la luz, y he gustado el agua con un ligero sabor acre de arena, cuando el sol pone una llamada de fiebre en nuestros labios y nos hace cerrar los ojos como para morir.

Después de caminar largo tiempo, se escucha alguna vez como un suspirante rumor de agua.

Se llena el alma de frescura y de esperanza, y el agua entonces es como un don del cielo y como una revelación de Dios.

Cuando yo viví con una tribu nómada, errante por todas las eternidades del desierto, mi vida fué clara y pura, y ni una ciega tristeza ensombreció mis horas luminosas.

La noche llena de estrellas, entraba por mis pupilas en el alma.

Todo lo que me rodeaba era inmóvil, eterno, y el espíritu parecía que se prolongaba infinitamente, y que toda mi existencia no era sino un reflejo vivo de Dios.

Y el olvido...

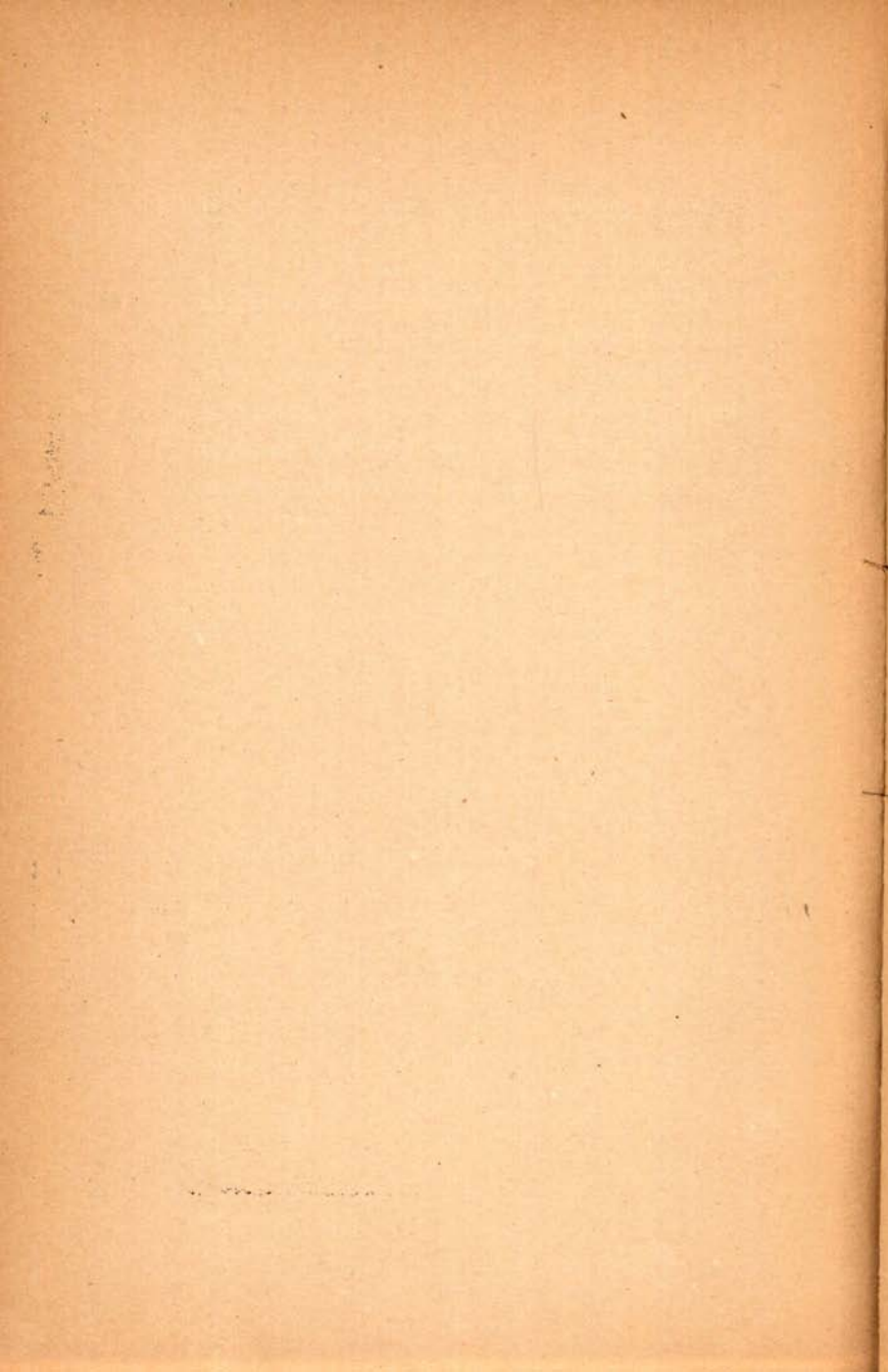
A veces, en el silencio absoluto de la noche y del desierto, oía el pasar de la muerte, como hubiera oído desde muy lejos los pasos de la amada de mi corazón.

Y transfigurado por la sombra del Islam, mataba los recuerdos, aquellas úlceras vivas que eran la tortura continua y feroz de mi vida.

No recordar...

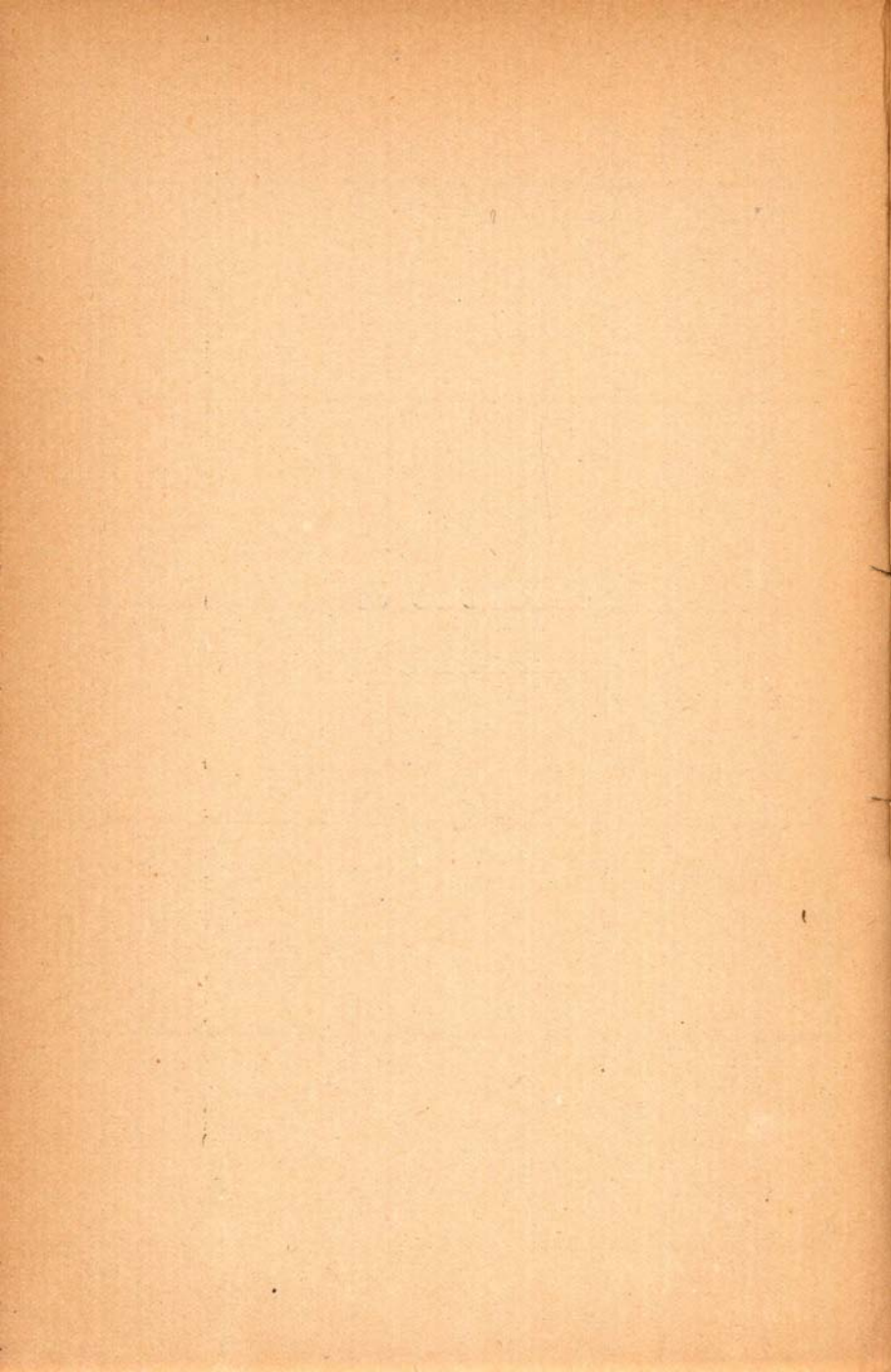
No saber nada del pasado, no saber nunca más de aquella amada sin nombre.

Y tornar á ser nuevo, puro y fuerte, recuperar la fe de mis padres, los fieros guerreros y los santos del Islam, esa fe noble y absoluta que suaviza divinamente la hora de la muerte.



CAPITULO VI

LOS RECUERDOS



Un día sin embargo te recordé, maldita y divinamente amada.

Recordé aquel momento indefinible, en que huí hacia la tierra quimérica en donde viven flores extrañas cuyos pétalos tienen ansias de labios humanos, y tu recuerdo fué como una nueva alma que surgiera en mi alma.

¿Soñé, viví?

Amé mucho, tanto como si hubiera tenido cien vidas ágiles y ardientes, pero siempre te amé á ti.

Alguna vez, una criatura amarilla y diabólica, aspiró cruelmente mis caricias á través de los dientes crispados, pero en los ojos perdidos en la agonía de amor, yo te vi soberbia y perfecta, siendo como la expresión más profunda de mi propia vida.

Esas mujeres morenas del Oriente, más peligrosas que un afrodisíaco, turbaron un instante con su veneno la gloria de mi amor, pero surgiste siempre tú, resplandeciente y eterna.

Una mañana toda sol, en que la luz mordía como un ácido violento, te dejé para siempre.

El aire era una corriente inmortal de sensualidad, y el mar brillaba dorado como tu cabellera.

Luego, el barco de un hiriente blancor metálico, el rumor bárbaro de las cadenas y de las cabrias, el latir jadeante y monstruoso de la máquina, el áspero olor acre de la madera húmeda de mar, la angustia oscura de la partida, y la tristeza de ti, amada, el dolor de entraña de separarme para siempre de tu alma, de tus ojos, de tu cuerpo en el que yo gusté el encanto horrible y divino de la pasión y de la muerte.

Vida... muerte... encuentro... separación...

Centenares de naves todas muy blancas, engalanadas como para unas nupcias misteriosas y trágicas, daban al espíritu la inquietud de lo incierto, y traían el perfume denso, pe-

netrante y exótico de los mundos luminosos en que florecen el sándalo y los venenos.

El dolor me devoró como una fiera de fauces ávidas, y en mi alma se abrió tu rostro lleno de una voluptuosidad imperiosa y tiránica.

¿Cómo desgarrar los velos del destino y destruir á ese espectro horrible que camina siempre junto á nosotros?

Un arcángel de sombra avanza con nosotros hacia la eternidad.

Amada, no pudo ser...

Mis labios secos, calcinados por el amor y por el dolor, febriles de la sed divina, decían lenta y cruelmente, *lo imposible*, y el mar me afirmaba lo irremediable como un coro salvaje y despiadado de fuerzas inmutables.

Gentes de todos los países hablaban recostadas en las amplias butacas de mimbre.

Inglesas rubias, de cabellos flúidos de color de té, de labios muy rojos, de trajes claros, charlotteaban como pájaros, descubriendo las ligeras piernas ágiles apenas veladas por blancas medias transparentes.

Sonaban nombres maravillosos, el Cairo,

Singapoore, y estos nombres de hechizo traían como un aroma de olvido y como una iluminación fosforescente.

Alegría edénica y salvaje de los fabulosos lugares vírgenes...

Perfumes de canela, de sándalo, de opio y sobre todo un olor de mujer torturador y angustioso.

Una sensualidad fresca y ácida llenaba mi espíritu, y una amarga humedad salobre que impregnaba mis labios me recordaba tus lágrimas.

¡Amarte siempre y morir contigo en tu lecho de agonía, cuando dolorosa y divinamente resignada, no seas sino una sombra que huye!

Brillaban las cimas de las olas, y el mar, de un azul violento, daba una impetuosa sensación de plenitud, de concentrada vitalidad.

Toda mi vida era como una ola estruendosa, alta, fulgurante, que se rompiera trágicamente en la ciega desolación del mar.

Y el mar, inconsciente y bárbaro, diría su misma palabra, que es la palabra del amor y del dolor, por los siglos de los siglos.

Apoyado en la banda del barco, sola mi alma ante Dios y ante el mar, te atraía viva y extraña como por una misteriosa fascinación.

Un aire sutilmente frío me acariciaba como la mano de la muerte, y yo recordaba tu mano, aquella mano única que se estremecía al contacto de las flores como si fuesen carne de amor.

Me sentía leve como un velo, como una nube, y diríase que unas alas invisibles me arrastraran al espacio y á la alegría del sol.

Supremo sentido el de gustar lo fugitivo y el de percibirlo profundamente en toda su dolorosa melancolía.

Ser como una nave, ligera y nómada, sobre un mar eterno, sin fin, y pasar, pasar sin recuerdos, sin esperanzas y sin huellas...

Una sonrisa de dolor y de misterio: he aquí la ceniza de toda la vida.

Vino la noche, una noche horrible que ennegreció el cielo, el mar y el alma, y mi soledad fué entonces desgarradora, una vasta pena sin remedio, como el dolor de un dios.

Noche desconocida, como de otro mundo...

Tristeza misteriosa y profunda de la noche,

del mar, de la muerte que dialoga con el alma en los silencios fatales.

Y luego, á la media noche, rumores confusos y aleteantes.

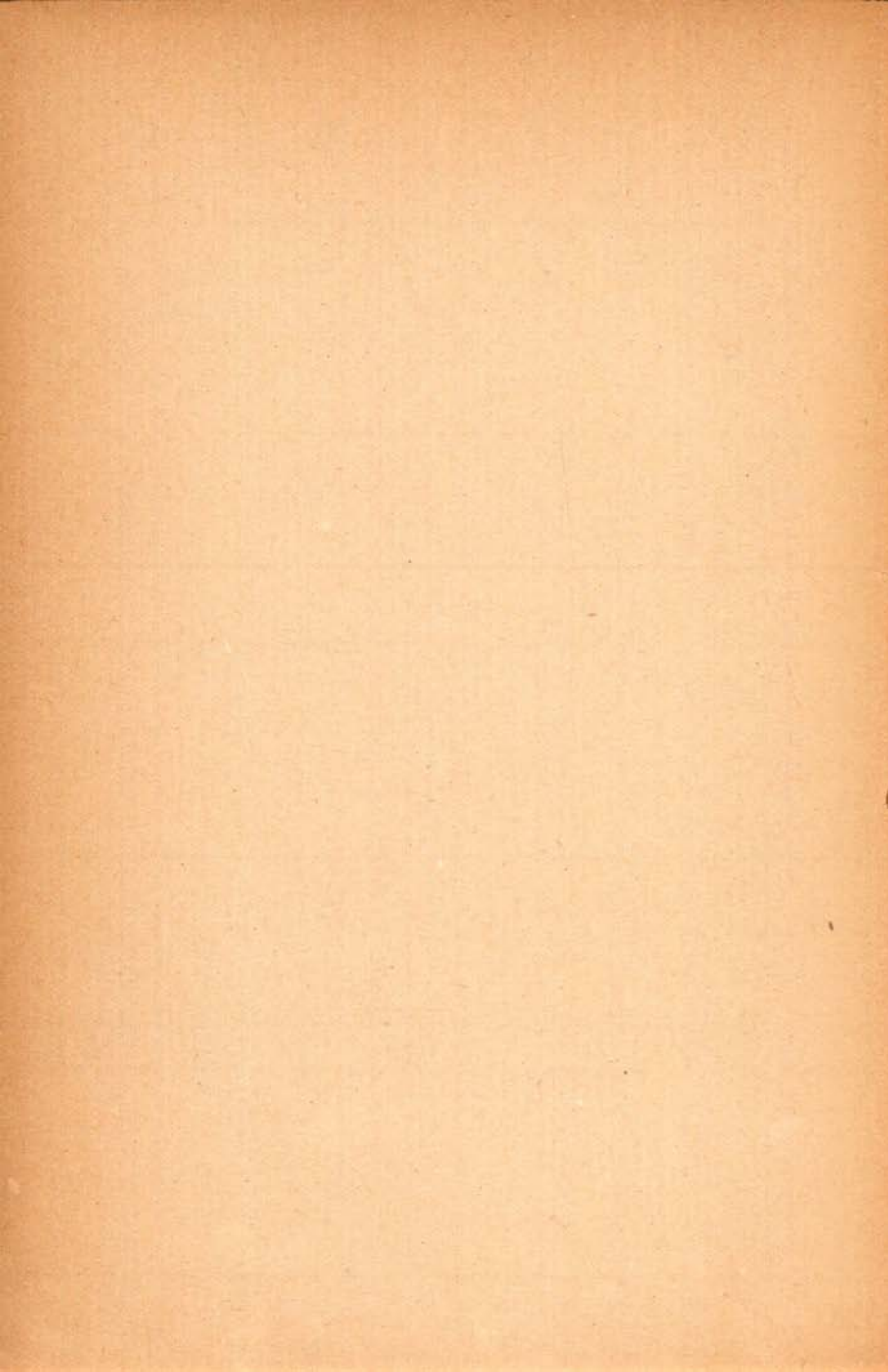
¿El agua? ¿Algas que se acarician sobre las olas? ¿Besos?...

Amada...

Morir con el alma desvanecida entre tus labios, sintiendo sobre el cuerpo la caricia áspera y vital de tu cabellera, y teniendo ante los ojos todos los trágicos horrores de la condenación.

CAPITULO VII

SOBRE EL MAR



Mañana helada y rosa...

Clara el alma y perfumada por todas las gracias del amanecer.

Sueños remotos, como húmedos de un dulce rocío de aurora.

La nave blanca, hería el mar latino azul, y glorioso.

Creta, la divina Citerea, la isla maravillosa de Apolo, semejante á un laurel inmortal...

Se iban alejando mundos de magia, ilustres por antiguos mitos de amor.

Pasó la gracia blanca de Smirna, la patria de los tapices y de las rosas.

Y se sintió el primer aliento ardoroso y salvaje de África, de mi África, de la tierra fabulosa de mis ciudades moras, en la que sólo

se escucha algún grito de amor y el rumor misterioso de las plegarias.

Tú sabes, lejana, cuánto amo mi tierra negra del Mogreb, la tierra trágica en donde el amor es como un horrible culto de muerte.

Y tú has visto muchas veces en el fondo de mis pupilas á el árabe obscuro que ama ferozmente el amor y la muerte.

¡Vivir como en un hechizo de eternidad, dejando que los muros se doren al sol, que nazcan las rosas, que el agua nos hable sin palabras de lo indecible!

Y ser guerrero para ti, amada de los ojos de león, y combatir hasta sentir la muerte en el fondo de las entrañas, y tornar de noche á la tienda en el desierto, cubierto de sangre, rechinantes los dientes como los de una fiera, enloquecidas las pupilas por las crispadas visiones de agonía, y amarte sobre la piel de tigre, viva al contacto de tu carne, y con los labios juntos, arrancarnos la vida lentamente, con una crueldad dolorosa y divina, confundiendo en un mismo beso nuestras feroces sangres atormentadas.

Y ser para ti solitario poeta del Islam, y



morir bajo el arco de una mezquita, con tu imagen en las pupilas, y en los labios la última kasida de amor.

Huía hacia las zonas claras, hacia las embriagueces de sol y de amor, pero mi alma, llena de velos y de pensamientos, era un espectro demasiado obscuro.

El gran corazón del barco latía con gigantesco dinamismo animador.

El mar estaba cubierto de algas, que semejaban verdes y flotantes cabelleras de diosas marinas.

Y un olor extraño de opio, de madera, de moho, de sexo de mujer, hería inquietantemente.

Encendí uno de esos cigarrillos de Turquía, que hablan de cúpulas doradas, de cielos de esmalte, de ojos de terciopelo, de crímenes misteriosos, de ciudades de espejo, de esencias que hacen desfallecer.

Y te recordé otra vez, y siempre, y la Naturaleza fuiste tú.

Recordé aquellas horas en que yo sentía junto á ti nebulosas inquietudes desconocidas, en que me parecía que iba á saber de pronto

una verdad absoluta ó que una desgracia se acercaba á mi alma.

Recordaba aquellos espasmos de amor más feroces y más profundos que un crimen.

Por ti, divina, yo hubiera deseado tener más labios para besarte y más alma para amarte.

En el salón del barco, una dama rubia tocaba el piano.

Su vestido, de color de turquesa muerta, se ajustaba tanto á su carne magnífica, que producía una impresión más turbadora que un desnudo.

Unos rizos de un rubio tostado, semejantes á herrumbre de axilas, se encrespaban en la nuca de un blancor lívido.

Los brevísimos pies, con zapatos de plata, se agitaban á intervalos inquietos y nerviosos.

La música, un vals desmayado y ligero, de una elegancia perfumada y fugitiva, llegaba hasta mí como distante.

Y una tristeza de fatalidad, de desconsuelo sin límite, lloraba en mí la pena bárbara, inmutable, de mi amor perdido, de mi vida rota y arrojada á los vientos.

Nunca más...

Nunca más, amada, con el alma en un solo pensamiento, oiremos aquellas divinas evocaciones que prolongaban inefablemente nuestro ensueño, nunca más tornarán aquellas serenas y graves tardes de tristeza en que el cielo tenía el color de nuestras almas, nunca más volverán aquellas noches sagradamente inoivables en que huían las palabras de nuestros labios y se acercaban lentos y puros nuestros espíritus.

Como á través de un velo, veía á las parejas unas veces violenta y metálicamente iluminadas por las crudas luces eléctricas, y otras desvanecidas en una penumbra tenuemente dorada por el fulgor de las estrellas.

Vestidos blancos con resplandores de cristal, sedas azules con apagamientos de plata oxidada, matices de un amarillo lejanísimo, de un verde indeciso y submarino, brazos ágiles, espaldas de un suavísimo tono de perla rosa, cabelleras rubias, fulgurantes, como electrizadas por la sensualidad penetrante del vals.

Rostros británicos rasurados y duros, pupi-

las de un gris arisco y montaraz ó de una indefinible ambigüedad marina, mandíbulas fuertes de una animalidad poderosa y tenaz, altas frentes de energía, de audacia y de dominio, fracs negros de una elegancia rígida, pecheras blancas y relucientes de una uniformidad desoladora.

Y el vals continuaba con una persistencia de voluptuosidad angustiosa...

Tu recuerdo se hizo tan crudo, que sufrió dolorosamente mi carne como con un contacto inesperado y violento.

Tormento de ti, perdida...

Abandoné el salón y subí á la cubierta á llevarme de noche y á sentir el aliento de las aguas.

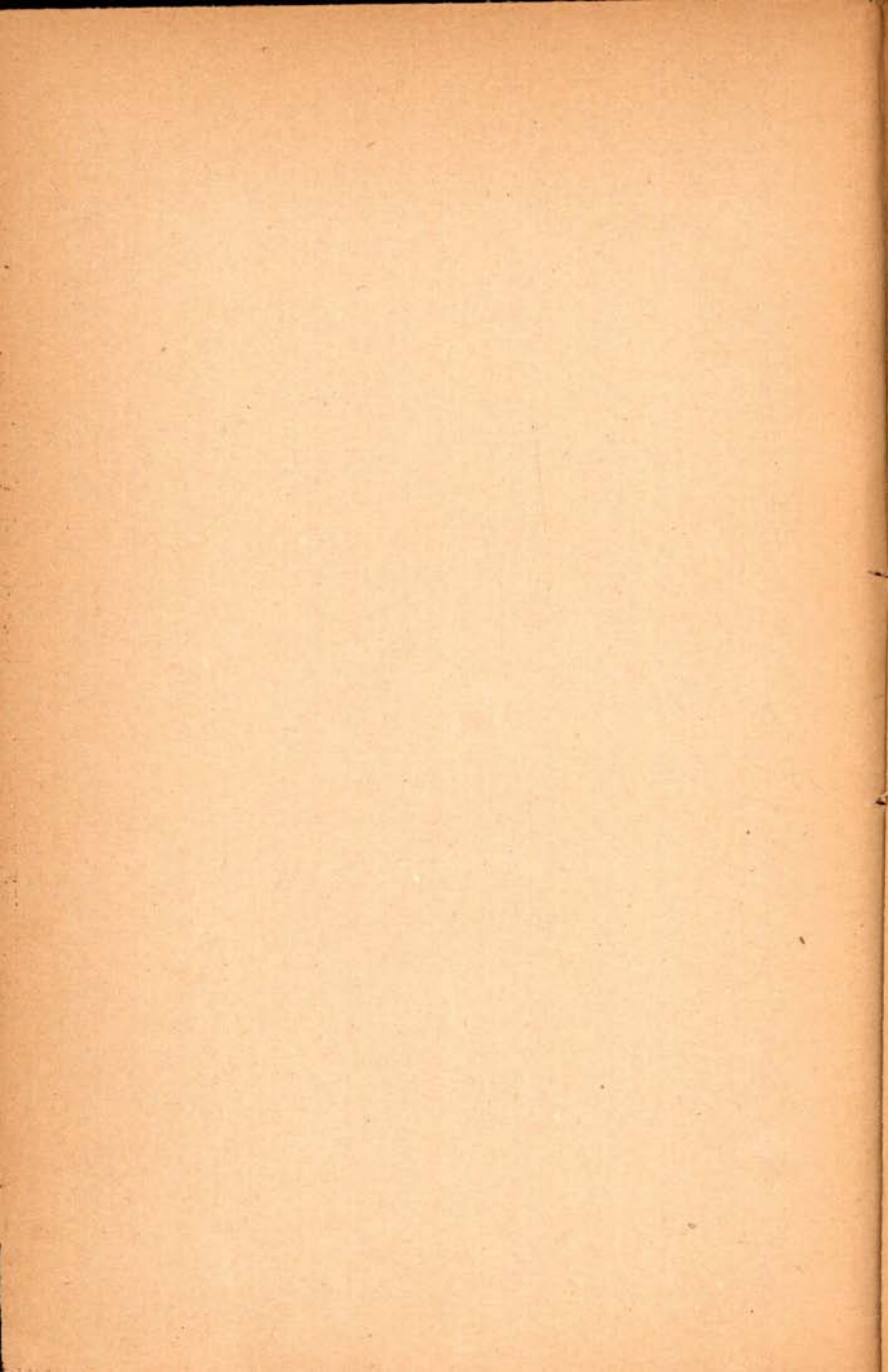
Sobre la negra piel del mar, se reflejaban las estrellas con roja fosforescencia.

Parecíame que contemplaba la eternidad, y que mi alma ya no era de este mundo.

¿Te he amado sólo á tí, ó he amado la tragedia silenciosa de lo que pasa y no vuelve, de lo que huye dejando en el alma una estela venenosa de amargura?

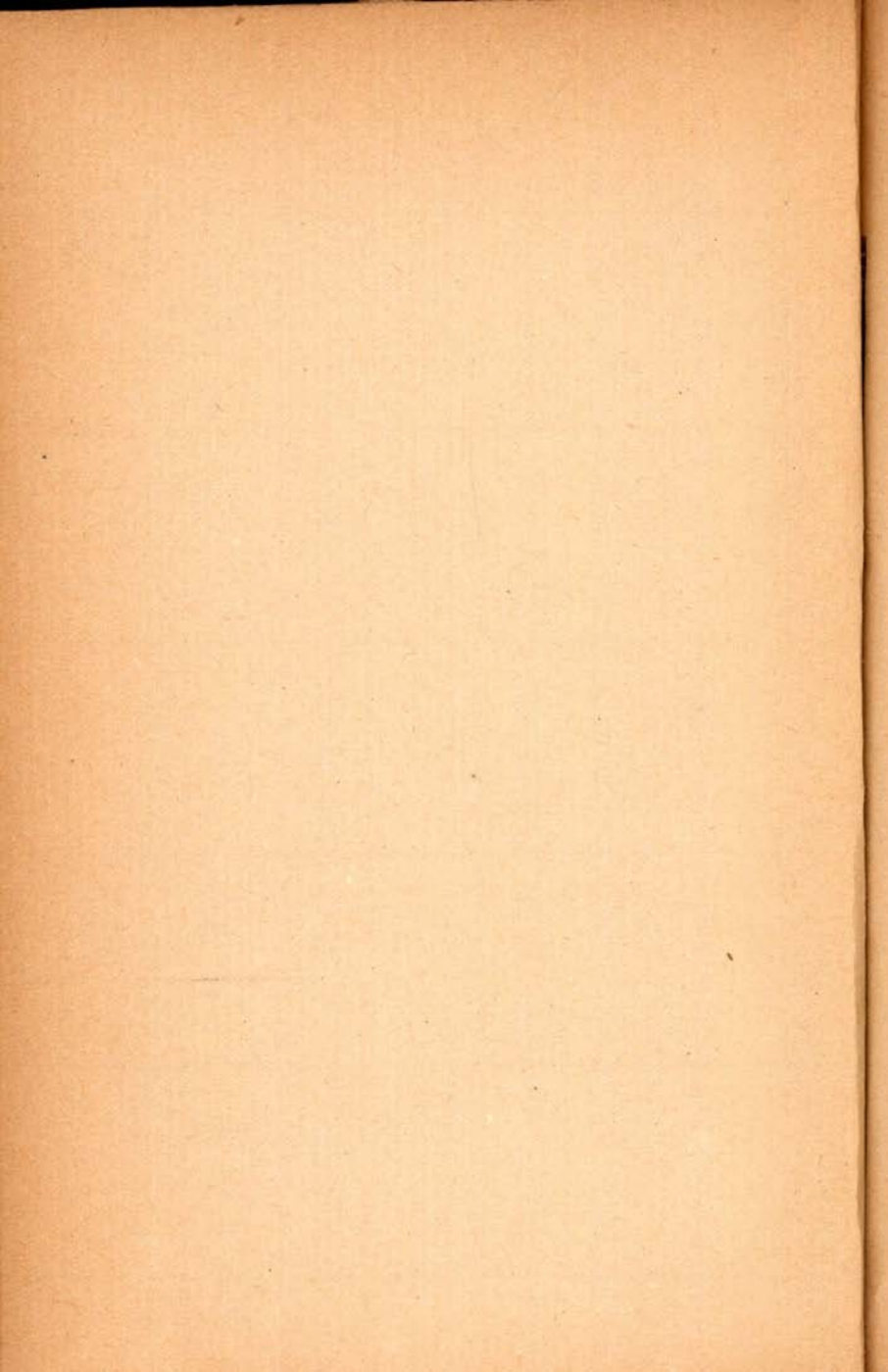
La noche era amor...

Y lejos, el vals decía la frivolidad, la mentira de todo, del amor, de la vida, de lo infinito...



CAPÍTULO VIII

ESMERALDA DE EGIPTO



Port-Said.

Luz maravillosa que penetraba en el espíritu exaltándolo con inaudita violencia.

Horizontes descarnados en que los últimos términos tenían el acento y el valor de imágenes precisas potentes de relieve.

Azul infinitamente el cielo y vibrantemente azul el mar.

Y como un aire de fiesta mítica, como una reverberación de claridad, como una gloria sobrenatural de luz.

El Mediterráneo... África...

Centenares de navíos dibujaban en el aire la trama fantástica de sus palos y de sus velas.

Barcas ligerísimas se deslizaban ágiles junto á los negros cascos gigantes.

Egipcios de pupilas brillantes, de dientes

estridentes de blancura, de anchas espaldas y de brazos de ámbar, ofrecían sobre la cubierta del barco tapices turcos, telas con hieroglyphicos, escarabajos de esmalte, turquesas atractivas como azules pupilas jóvenes, encajes de Malta.

Vino á mí, turbadora y densa, la languidez penetrante, la sensualidad misteriosa, el ardor oculto y devorador de las tierras de sol.

Recuerdo como una visión ambigua y lejana aquella noche de Egipto.

Una boca pintada, de una obscenidad irritante y horrible á la que yo mordí más que besé con una fiebre salvaje.

Una piel morena llena de reflejos, con una fuertísima expresión de vida.

Unos ojos que miraban con bárbara y feroz idolatría.

Un sexo de mujer de un aroma acre, extraño, en el que se confundían olores marinos con ásperos perfumes del desierto.

En el fondo de un café turco, conocí á la criatura bella y miserable que exasperó mi amor con sus rugidos de fiera y con la calentura de su carne de pasión.

Unas mujeres cantaban con voces en las que había como aullidos de panteras, cantos que tenían la tristeza y la inmovilidad de las antiguas salmódias de Mizraim.

La música angustiosa, los perfumes de narguilé, mi inquietud, la rigidez fascinadora de aquella egipcia perdida en un sueño ancestral, me embriagaron como un narcótico.

Salimos del café, y anduvimos bajo la luna de los Faraones, por calles negras, laberínticas, disparatadas, llenas de supersticiones y de miedos.

La egipcia caminaba delante, alta y esbelta como una aparición.

Entramos en una casa alucinadora, conducidos por una vieja entre hechicera y sombra de pesadilla.

En una alcoba pequeñísima, semejante á un fumadero de opio, la egipcia y yo nos miramos frente á frente.

Una luz de aceite temblante y enigmática, ardía en un vaso de cristal azul.

La egipcia ante mí, me pareció más mujer y al mismo tiempo más misteriosa.

Su cara tenía una serenidad tan absoluta,

una rigidez tan hermética, una concentración tan honda, que obsesionaba.

Por sus pupilas pasaban resplandores verdes, como de bosque iluminado.

Era una divina criatura bárbara hecha para el amor y para la fría impasibilidad ante la vida y ante la muerte.

Se desnudó indiferente, como alejada.

Tenía los pezones tan duros y erectos, que agujereaban la túnica.

Y apareció su carne, su magnífica carne bestial y morena, que se irguió orgullosa.

Nos tendimos sobre un rojo y mórbido tapiz turco, que semejaba un ancho y caliente charco de sangre.

Y electrizada mi carne de oriental, se dispuso al tormento de pasión.

Acaricié su cuerpo frío como el de un cadáver.

Mi boca, que tanto ha besado y que tiene la sabiduría de cien siglos, fué arrancando de su boca esas rechinantes crispaciones de dientes, esas dulcísimas humedades, esas ansias que hacen entreabrir los labios como por una

sed inefable, esos olores de entraña viva que anuncian la agonía de amor.

Acaricié con mano sutil y atormentada sus pezones breves de un rojo de coral, de sangre desteñida, y vibraron con estremecimientos rápidos, como animados por una sensibilidad exquisita y mortificada.

Sus tetas eran leves y llenas, de una gracia fuerte y de un encanto un poco áspero de frutas aún pendientes del árbol y cubiertas de polvo tenuísimo.

En el fondo de sus ojos verdes surgieron llamaradas rojas.

Diríase que Satanás, con todos los fuegos del infierno, cruzaba aquellas enigmáticas profundidades de esmeralda ó que una nueva vida fulgurante y sangrienta ascendía de aquella alma obscura, milenaria, impenetrable.

A medida que sus ojos se iluminaban y su boca se enrojecía violentamente como si hubiera bebido sangre, su cara adquiría una palidez agónica de horror y alucinación, y la inmovilidad de su gesto se hacía más tensa, más tenazmente acerba.

Mi lengua sintió la frialdad y la caricia des-

garradora de sus dientes y mi boca se llenó de una humedad acre y salina.

Bajo mi mano latió su sexo caliente como una entraña, y la divina flor de amor tembló entre los labios palpitantes como un corazón vivo.

El sexo estaba coronado por una maraña áspera, feroz, salvaje, de crespos cabellos negros que brillaban con resplandores azules.

Y sobre la piel dorada como la tierra de Egipto, el negro triángulo de amor tenía una fascinación indefinible, como la sugestión hechizada de la muerte.

El olor del amor, ese aroma horrible de putrefacción, de vida centuplicada, de muerte, de calentura, de mar, me enloqueció como un veneno.

El perfume del amor diríase que es como genésico, como algo que contuviera la esencia misma de la vida y de la muerte.

En la egipcia vivía la pantera, tan ágil para el amor como para la matanza.

Despertó como una fiera herida.

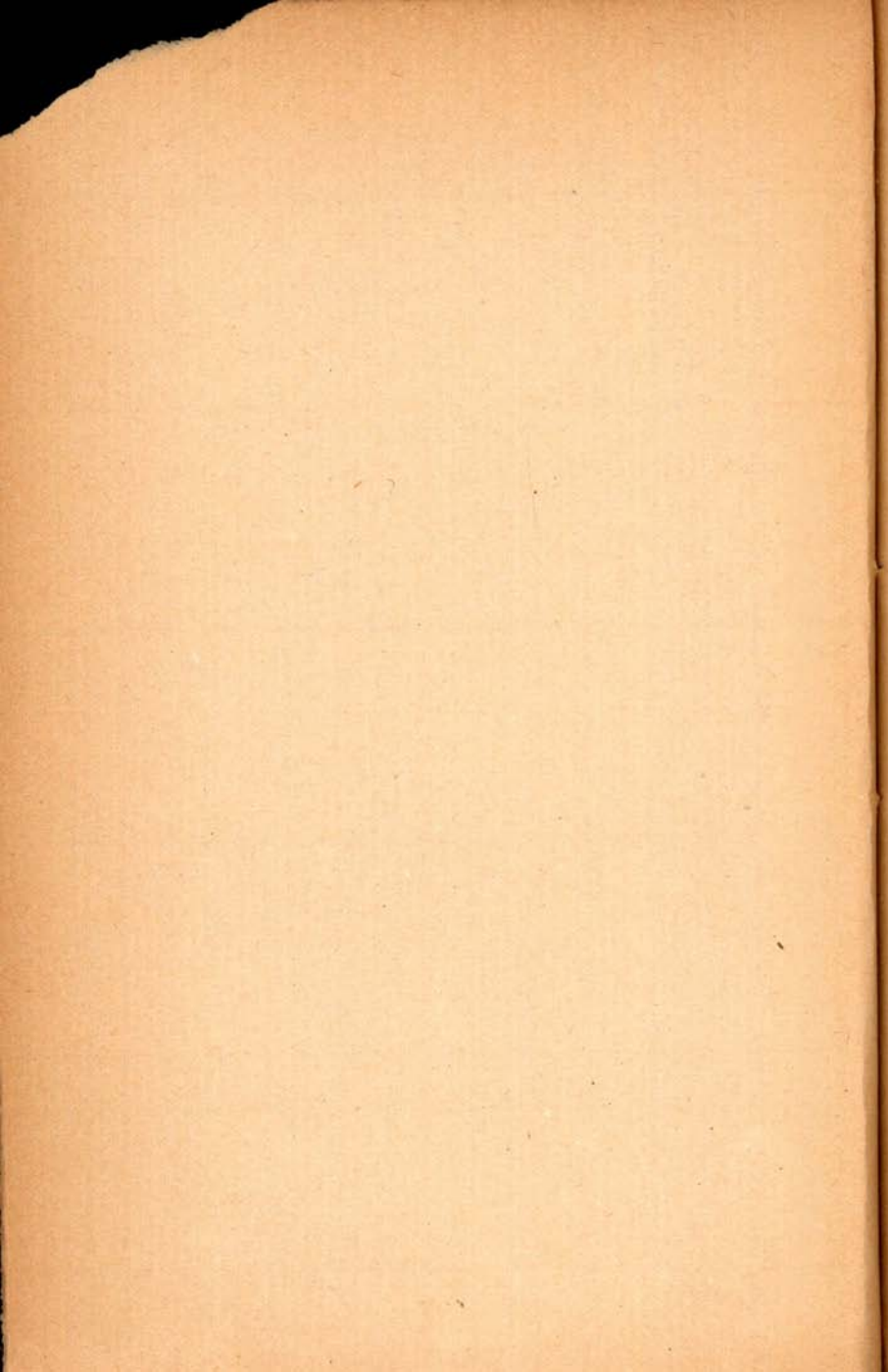
Aquella criatura tenía una sensualidad tan

extraña que aterraba como un misterio monstruoso.

Sus brazos me oprimieron hasta hacer crujir mis huesos, y sus piernas se enroscaron á mi cuerpo como serpientes frenéticas.

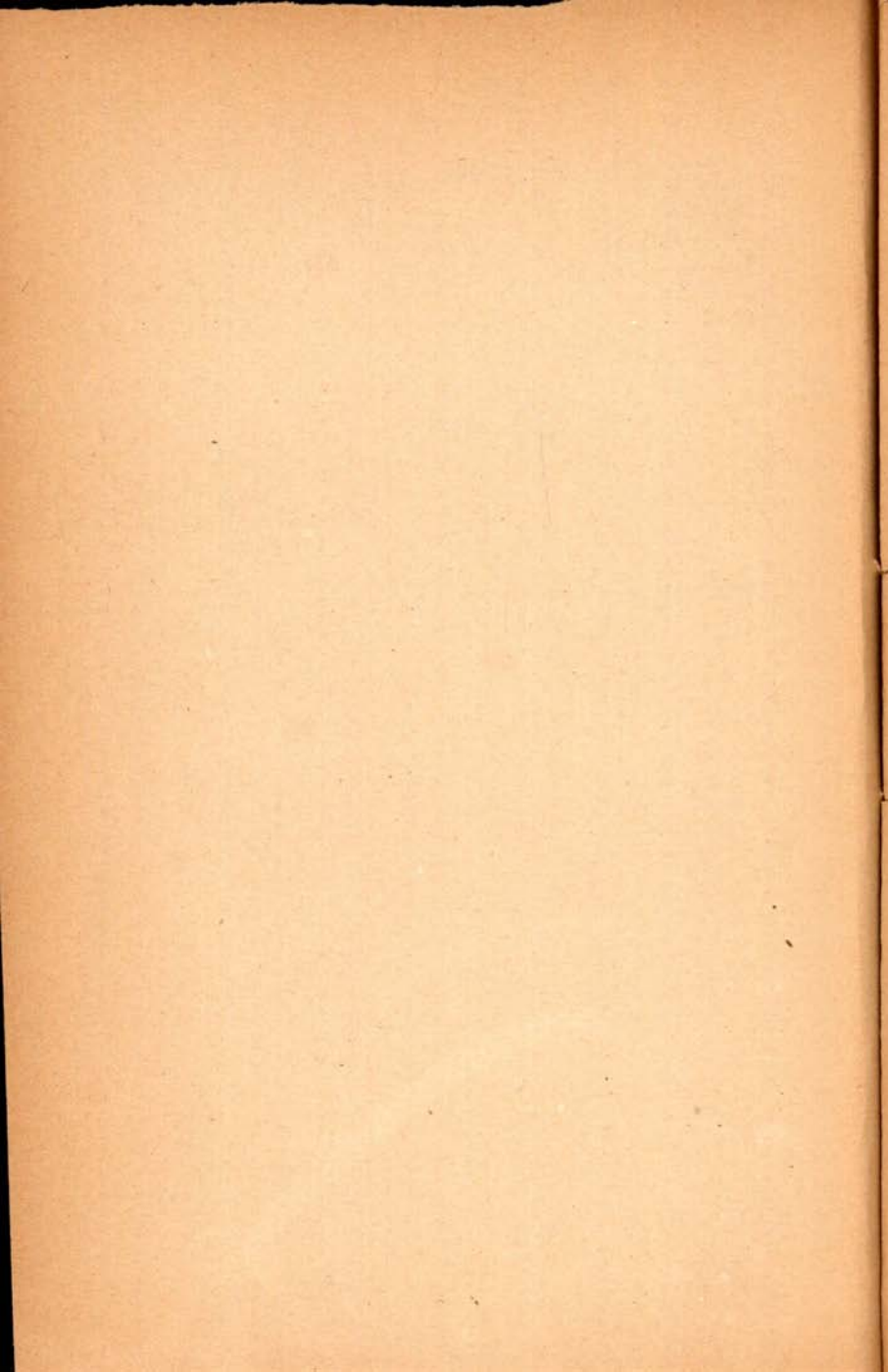
Y el tigre que vive oculto en mi sangre, rugió una vez más, feroz y salvaje.

Pero trágica, implacable, miserablemente, sólo te amé á ti en la criatura de Egipto, lejana y malditamente amada.



CAPITULO IX

TEDIO



Lejos, desiertos, sólo desiertos.

Y el mar cenagoso, obscuro y como inmóvil.

El espíritu desfallecía pesado, en un enervamiento lleno de torpeza y desolación.

Alguna vez se vislumbraba en la tierra reseca, devorada por el sol, el espejear fulgurante de un lago salino, el lento caminar de una bíblica caravana de beduínos, una palma solitaria en el desierto.

Parecía que los sueños salían de las aguas angustiosos como las fiebres.

Yo sentía la desolación huraña, desnuda y fría de los seres sin belleza, y en aquel letárgico aniquilamiento de todo se exaltaba mi áspera sed de soledad.

El sol, como de azufre, abrasaba un cielo

adusto de ocre y un mar indefinido como el agua de los pantanos.

Pero, al crepúsculo, todo se transformaba súbitamente en aquel país de maravilla.

El cielo se ensangrentaba, fulguraba el mar como de cobre, y parecía que un incendio gigantesco devoraba el mundo.

Llamas en el aire, en el agua, en el sol y en mi alma.

Y entonces decía tu nombre que, como la luz, es suave, animador y penetrante.

¡Esplendores trágicos y desolados de la tierra de Arabia!

Silencios propicios para mi alma orgullosa, solitaria y desencantada.

Avanzaba el barco cortando un pesado mar negro, y lejos, las montañas huían como sombras, como pensamientos amados.

Ya no aparecían esas hechizadas islas del Oriente que huelen á sándalo y á mujer morena.

Toda la Naturaleza tenía la misteriosa apariencia de una nube.

Yo percibo la desgracia desde muy lejos, como si sólo mi alma la atrajera, y en aquellas

horas yo presentía cruda y amargamente que mi vida se había roto para siempre.

Hubo un instante obscuro y febril en que llamé á la muerte; pronta mi alma se aprestó á la partida y como un arcángel detuvo mi mano.

¿Qué importan la vida, la muerte?

La muerte es nuestra máscara y la sombra de nuestros ojos.

Creemos llegar al fondo de todos los abismos, y apenas si caemos en negros pozos cenagosos.

El mar, inerte, aletargado, como rendido por la extenuación, se encrespaba á veces violento y salvaje, y parecía que aquel mar, enigmático como toda el alma árabe, tenía sus mismas indiferencias de muerte y sus mismas fanáticas crispaciones.

Rápida y fulgurante, vino la tempestad.

El barco, sacudido por el mar, se estremecía todo, crujiente y débil, como un miserable sér humano.

Tronaba el oleaje con bárbara ceguedad destructora, y mi espíritu se llenaba de una

voluptuosidad amarga y perversa ante la cercanía del peligro.

Esperar inmóvil, con el alma muerta y con las pupilas frías, que una ola más alta nos arrastre y desaparecer sintiendo en los labios ese sabor acre del mar, menos amargo que la vida.

Envuelto por la tempestad y por las tinieblas, me encontraba más cerca de Dios.

Veía todas las cosas como desde la eternidad, y hasta mi alma presentía al nuevo sér que habría de engendrar mi muerte.

¡Tristeza desgarradora de la noche y tristeza desgarradora de mi alma torcida en un ansia de titán!

Relámpagos como adivinaciones de lo infinito.

Frío sobrenatural de los espacios siderales.

El monstruo marino avanzaba rugiente é inmutable.

En aquella soberbia noche de horror, ¡qué lejos estuvo tu alma amada y odiada!

CAPITULO X

AQUEL DÍA...

Al amanecer, un perfume que vino con el sol, me habló de la India fabulosa, de la tierra sagrada de los ensueños y de los rubíes, de la tierra sangrante y amorosa como un corazón animado por todas las venas del deseo.

Países de hechizo en los cuales la dulzura humana tiene una sonrisa muy lejana y eterna, y en los que se adora todo lo fugitivo y fulgurante, el brillar de los insectos de oro, las espléndidas flores de una hora, los rayos de luna, los amores de un día de primavera.

En los bosques maravillosos, todos los templos abren á la primavera su penumbra perfumada, y desde los pórticos de piedra rosa, los pájaros anuncian á los dioses el nacimiento de la aurora.

Ráfagas candentes exaltan divinamente el

alma, y en los labios se percibe un profundo sabor de amor y de muerte.

Como un exquisito hipnotismo detenía el espíritu y lo inmaterializaba en un vasto éxtasis de claridad.

En esa hora inspirada y prodigiosa me parecía que te amaría siempre, y que tu vida era algo tierno, débil y suave, que yo habría de llevar eternamente en mi corazón.

Veía como en un espejismo milagroso unidas nuestras existencias en un paralelismo idéntico, y veía cómo en otra vida anterior y nebulosa nos habíamos amado con amores sobrenaturales.

Y sin embargo, lejana, caminaba hacia el olvido, hacia la angustia de saber que nunca más te verían mis ojos en la tierra.

Aquel día...

Tormento de los recuerdos más crueles y más dolorosos que llagas envenenadas.

¿Te acuerdas aún, perdida?

El aire era cálido como si tuviera nuestra misma fiebre, y la tierra tenía resplandores quiméricos.

Me envolvían flores extrañas, flores que pa-

recían de humana carne, flores sangrantes como si acabasen de ser heridas.

Desde misteriosos rincones venía á nosotros un perfume suave y vehemente.

Y yo murmuraba á tu oído semejante á una ligera concha de nácar rosa.

— Vivir contigo, amada, en un lejano jardín de mi patria mora, amarnos hasta que no quede una gota de sangre en nuestras venas, y morir todavía con los labios juntos, sin más horizonte que tus pupilas.

Mi corazón, que en otro tiempo fué como un águila orgullosa y solitaria, lloró aquel día con una desgarradora pena sin consuelo, mientras mis ojos secos y enloquecidos sonreían á la fatalidad.

Besé todos los dedos de tu mano, de tu mano divina, que tantas veces había llevado el olvido á mi frente.

Aquella última fiesta de amor fué bastante para glorificar una vida.

El amor no es perfecto sino cuando ha sido ensangrentado, y aquel día, en que el adiós final amargaba horriblemente nuestros besos, la sangre empurpuró nuestras caricias.

Cuando se llega á la última cima del amor, no se sabe si el placer es demoniaco ó divino.

Tus pupilas adquirieron la apariencia de unos ojos atraídos locamente por un abismo, pero tu alma oscura y miserable estuvo muy lejos de mi alma.

Todo estaba envuelto en una sombra de tedio y de tristeza mortuoria.

Y yo te amé hasta desear matarme ferozmente ante tus ojos fríos, perdidos en no sé qué perversas visiones desconocidas.

Criatura despreciable y fascinadora, que todo lo había amado, que todo lo había acariciado, que había sentido en su cuerpo todos los estremecimientos.

Tus miradas, á intervalos, tuvieron enigmáticas veladuras azules, como para ocultar el gran misterio de dentro.

Y en tus labios, que eran distintos á todos los labios, como para expresar indefinibles monstruosidades, hubo una expresión acerba que exasperó frenéticamente mi pasión.

Recuerdo aquel día con la intensidad de un esmalte.

Llevabas tus ópalos, aquellos ópalos ambi-

guos, siempre inquietantes, malditos como tus ojos y como tu boca.

Yo presentía que de tu corazón habrían de nacer las serpientes con la cabeza ensangrentada y fulgurante.

Levanté entre mis manos tu cabeza ligera y huracanada, y miré tus ojos con una fascinación demoniaca.

Tú lloraste, y yo gusté en mis labios la mentira amarga de tus lágrimas.

Entre mis brazos yo te sentía temblar sollozante, triste y miserable como una pobre ave herida.

Y la piedad, ese despreciable sentimiento de enfermos, me hizo bueno, acariciador, implorante.

Hubo un momento, más fugitivo que un sueño, en que algo inefable y dulcísimo unió nuestras almas condenadas.

Y yo te musité aquélla palabra inolvidable, aquella palabra trágica que nos alucinaba como un crimen.

«No, nunca», dijiste erguida como una serpiente, pálida como el terror.

Y huí...

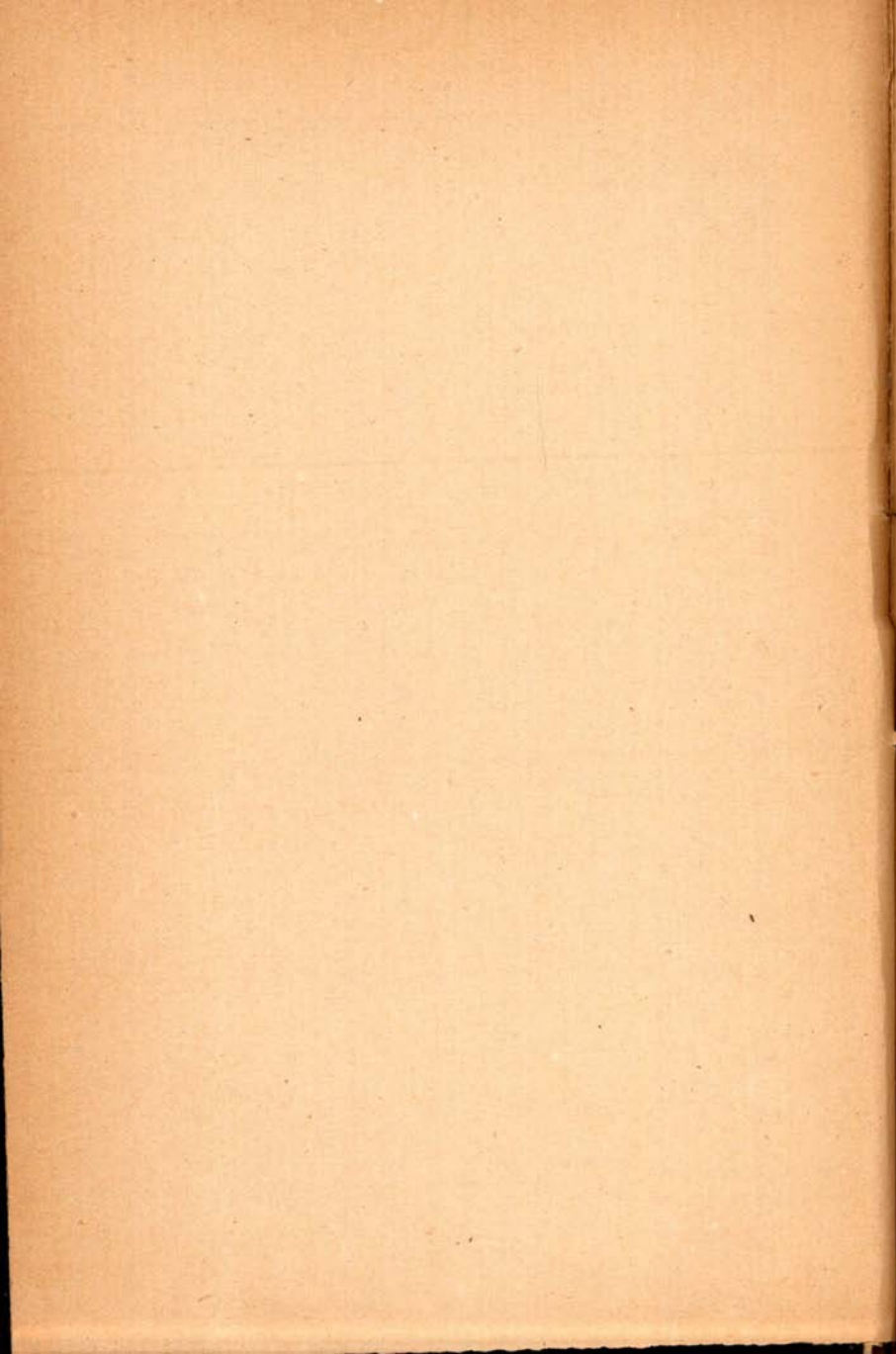
Huí como un réprobo.

Una tempestad de rugidos estranguló mi garganta, y todos los espectros de la locura cruzaron ante mis ojos.

Y frío, rígido, inmutable, con la vida espantosamente rota, huí como Satanás hacia la soledad y hacia la muerte, llevando encendidas en mi alma todas las llamas del infierno.

CAPITULO XI

EN EL ENSUEÑO DE LA INDIA



¡Alma perfumada, llena de extenuación y de ferocidad, del Oriente siempre enigmático!

Extasis cálido, inefable, envenenado por una languidez temblante de insaciables voluptuosidades.

Quiméricas claridades astrales y mágicas iluminaciones en la noche aniquilada de amor.

Para mi tristeza, aquel mundo fabuloso de olvido y de ensueño tuvo una ligera misericordia.

Luz de revelación, azul de luna y verde jade.

Aquella tierra, pródigamente fecunda en imágenes y en evocaciones, fué para mi alma como una profunda melodía.

Y á manera de augurios de una remota felicidad indefinible, desde todos los rincones

habitados por los dioses védicos, las aguas loaban eternamente los pensamientos floridos y las bocas expresivas de amor.

Una vida hechizada y silenciosa palpitaba en el paradisiaco ensueño vegetal de la tierra brahamánica.

Y entre velos granate, aromadas de sándalo, pasaban ligeras criaturas de cobre, más inquietantes que ansias.

Milagrosas noches de un azul inverosímil radiante de estrellas, pupilas de una fosforescencia inaudita que á veces parecen de dioses y á veces de fieras, dientes estridentes de brillo y de crueldad, velos de oro y de púrpura, joyas de una magnificencia calenturienta, palomas de seda que vuelan como alegrías en la gracia del aire, árboles sagrados como altares de dioses, ídolos de bronce de feliz beatitud y de multiforme monstruosidad, grotescos Budas joviales prodigando sonrisas inextinguibles.

Multitudes poéticas y armoniosas desbordaban por los campos, y entre las flores eternas, el espíritu se llenaba de una rara y tumultuosa embriaguez.

En algunos parajes se encontraban viejos templos abandonados, que conservaban un melancólico perfume de almas muertas y de flores marchitas.

Y aquellos espectros de piedra ruinosa que habían recogido tantas inquietudes, tantos dolores, tantas ansiedades, tantas esperanzas, entristecían como anuncios agoreros de la fragilidad de todas las cosas terrenales.

Todo parece inexorablemente, y nosotros no somos sino interrogaciones al infinito, á lo que no tiene respuesta.

Amar un día, sólo un día, en que la Naturaleza es toda amor, y después morir.

Una vida como la mía, en eterna y voraz llama de pasión, es como un árbol trágico y solitario, combatido por todas las tempestades.

Entre tantos esplendores de vida y de ilusión de la India sacerdotal y alucinante, una acre y secreta angustia me torturaba.

Como el peregrino maldito condenado á caminar perpetuamente por el desierto, yo no encontraría jamás la paz florida del olvido.

Una noche abrumadora, húmeda y de una

sensualidad que hería la medula, fui á un templo búdico en fiesta.

Lejos, casas ligeras y extrañas brillaban encendidas semejantes á enormes faroles chinos.

Una muchedumbre clamorosa rodeaba el santuario del dios del amor, de la alegre sabiduría y de los sutiles enigmas.

En el interior de la pagoda, fumé opio en una pipa amarilla hecha con un hueso de pantera.

Y á través del opio, te vi otra vez, lejana y perdida, de nuevo atormentadora y de nuevo insaciable y feroz como una venganza.

Te apareciste como un miserable despojo trágico, como un pobre sér dolorido y salvaje, que tenía algo de la mujer y mucho del monstruo.

Y te amé también así, con un amor superior á la vida misma, hecho de tristeza, de desesperación y de fanatismo.

En torno mío se escuchaban aullidos locos, frenéticos, gritos tan lacinantes y tan desgarradores que producían un miedo indefinible, exasperaban como un vértigo, y nos hacían

desear que en nuestras gargantas hubiese rugidos como en las de los tigres.

A la luz de una luna de brujería diabólica, todas las formas tenían una coloración ensangrentada de coral.

Los estanques de los jardines reflejaban como en sueños fantásticas pagodas.

Y el opio penetraba en mis nervios, haciéndolos tan ligeros como aire, ese aire húmedo, sutil y rico de otoño que recoge todas las vibraciones de la Naturaleza.

En aquellas noches de fulgor que nunca más tornarán, cuando del fondo de los jardines venían aromas calenturientos de sándalo y de amor, tus ojos, prodigiosamente mineralizados, me decían el dolor absoluto de todo y la soledad de nuestro eterno vacío.

¿Qué misteriosas afinidades existen entre la soledad, la belleza y la muerte?

Estos tres términos graves y profundos componían el motivo único de mi amor, y el latir monótono y constante de mi desesperación silenciosa.

¡Días lejanos en que yo ambicionaba congelar todas mis inquietudes, todos mis lla-

meantes ardores en energías vivas y vastas!

Mi alma recordaba aquellos laureles que florecían en el jardín ardoroso de mi solar, aquella luz crudísima que fortificaba el espíritu infundiéndole deseos precisos y violentos, y aquel paisaje concentrado y profundo que unificaba soberbiamente mis potencias ávidas.

En aquel tiempo, ya tan obscuro, mi alma tenía el acento de los primitivos cantos litúrgicos, cantos de misal gótico, bárbaros y puros.

Y toda mi vida juvenil y potente tenía la limpia dureza de un metal pulimentado.

¡Días amados en que mi vida se formó entre una trágica aspereza de faustos rotos, bajo un escudo carcomido que contenía un águila y un sol, en la ruina triste y orgullosa de mi solar infanzón, y sin más amor que el de un viejo lebel ciego!

Cuando mis pupilas, que fueron tan nobles y tan ardientes, se abrieron á la vida, ni un sólo amor divino y palpitante aleteó junto á mi alma árida.

Eternamente desdeñado y eternamente des-

deñoso, fui siempre el solitario, aquel que deja en torno suyo una sombría estela de odio y de misterio.

Nací aventurero, errabundo y nómada, y cuando un dulce encanto familiar fijaba y detenía mi alma tempestuosa, de nuevo tenía que partir y avanzar siempre por todos los caminos, llenos de la hostil inquietud de lo desconocido.

Toda mi juventud altiva y trágica, no fué sino una rígida disciplina de la desesperación y de la muerte, y un frío satanismo hecho de fatalidad y de dolor.

¿Me amó tal vez aquella criatura morena, tímida y huraña, que tuvo un alma silenciosa y resignada?

Tú, lejana y perdida, tan ferozmente adorada, no me amaste nunca, ni tus palabras fueron otra cosa que mentiras dolorosas y teatrales.

¡Divino amor mío magnificado con todas las potencias de mi vida!

En aquel ensueño de la India y en aquellas noches como sobrenaturales, el silencio y la obscuridad eran absolutos, pero se percibía

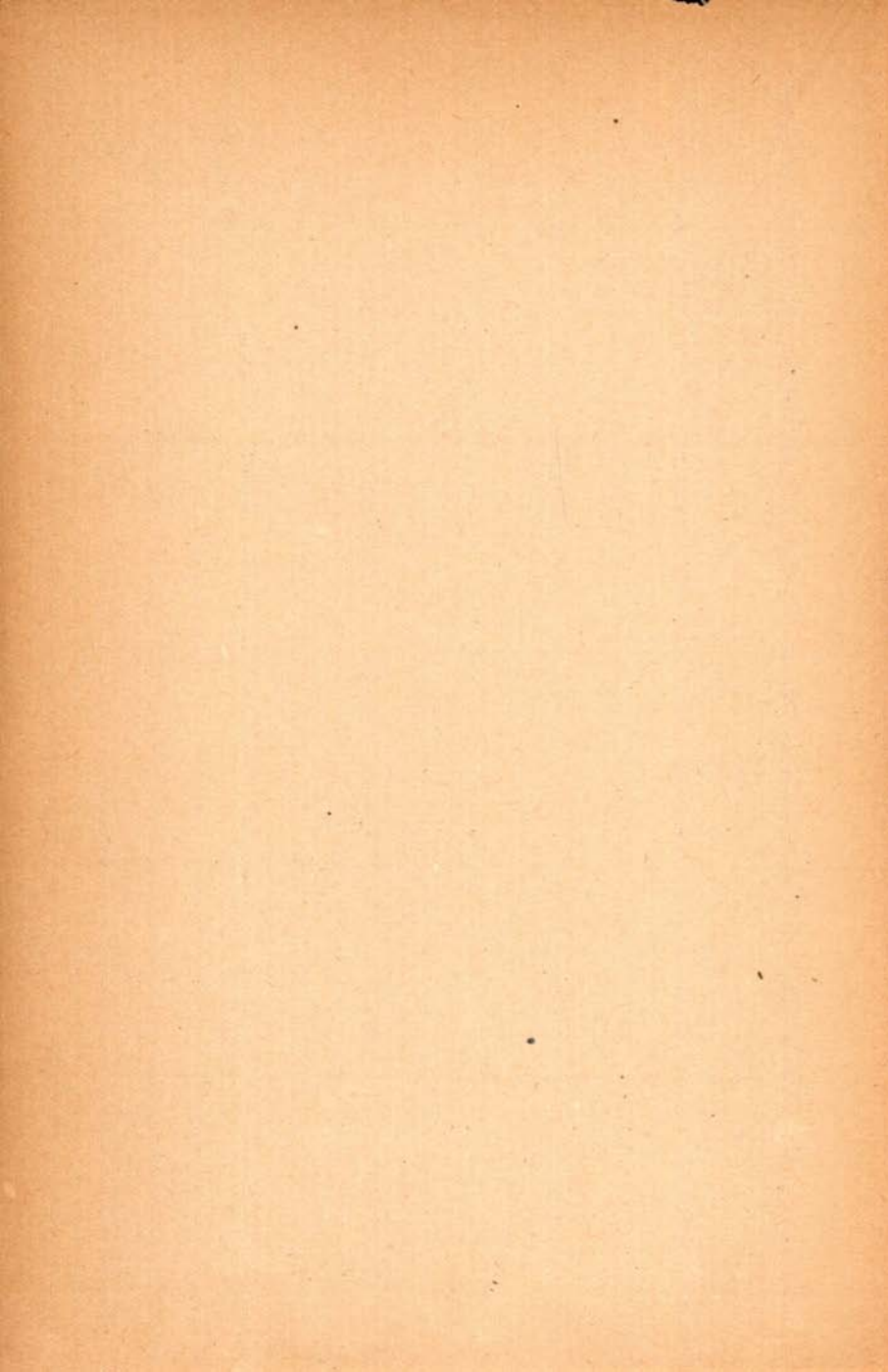
el latir indefinido y angustioso de muchas cosas misteriosas.

Vislumbraba tan claramente las formas en la noche, que me parecía que mis ojos se habían transformado en pupilas fosfóricas de tigre.

Y diríase que me envolvían mágicas y extrañas iluminaciones, no sé si surgidas de la entraña de la noche ó del fondo de mi alma alucinada.

CAPITULO XII

RENUNCIACIÓN



Amada...

Esta dulce mañana toda sol, he tenido calentura de ti, de tus besos, de tus lágrimas, de tus caricias únicas que eran la gracia y la exaltación divina de mi vida fría como el acero.

Te he recordado cruelmente con tu perfil de sombra y con tus contornos de fantasma, con tus ojos suaves, inquietantes y al mismo tiempo impenetrables como las turquesas, con tu sonrisa inmaterial que sugería el gran misterio de la muerte.

Y bajo la bárbara pesadumbre de mi tristeza más que humana, la tierra sagrada del Oriente que es el más bello ensueño terrenal, se ha convertido para mí en un sombrío jardín de desesperación, en un paraje áspero y

alucinador en donde todo tiene un horrible desaliento y una amargura sin consuelo.

El sol era como un Dios infinitamente superior á los breves círculos de nuestro pensamiento, que hubiera de traer á nuestras almas ímpetus y luces inconcebibles, el amor latía maravillosamente en todas las formas como la sagrada voluptuosidad de la vida, brillaban las hojas con una limpidez metálica ó tenían un dulce desvanecimiento de jade, el aire turbaba como una boca demasiado joven, se dibujaba junto á mí un bosque exquisito de misterio, de elegancia y de aroma, pero tú no estabas á mi lado, lejana y perdida, y la Naturaleza no era más que la muerte y yo un cadáver con las pupilas fijas en la nada.

¿Por qué me separé de ti para siempre? ¿por qué te dejé sola en la tierra como un despojo abandonado á toda la feroz barbarie humana?

Sólo unas horas, unas horas definitivas, breves y divinas, hubiéramos sido felices, hubiéramos sonreído al sol y á la muerte, y hubiéramos podido engañarnos imaginando que la vida es buena, que el amor es inmortal, y que

el dolor no es sino una esfinge grotesca y misteriosa.

Siempre el destino trágico en mi camino, y siempre la fatalidad ciega é inmutable.

Yo te adoré con un temblor religioso de mi alma fanática, con un ímpetu tan inaudito que no sé si en el fondo de mi vida te amó una fiera ó un dios, pero jamás sospeché que mi calentura de pasión llegara á tan horribles límites de dolor, como aquel día inolvidable de mi partida.

La muerte viene á veces antes de acabarse el vivir.

Y aquel día vislumbré como en una visión helada, que la muerte no habria de traerme una soledad más rígida, una postración más absoluta, que la que ya tenía mi vida rota.

El hechizo de suntuosidad, de misticismo, de luz y de embriaguez de la India, aumentaba frenéticamente mi amor, como un ácido sobre una carne ulcerada centuplicaría espantosamente la tortura.

Todos aquellos misterios del mágico país de Buda, esos misterios peregrinos que florecen en la sonrisa sutil de los dioses de piedra

y en los rostros de ámbar de las mujeres, hacían más llameante mi fiebre de amor.

Olores de jazmines llenaban el aire, que tenía un calor humano, y de los árboles, de todas las formas gigantescas de la vegetación delirante, parecían surgir violentos resplandores de fuego.

Una sensualidad larga, dolorosa, extenuadora, me hacía cerrar los ojos, como si agonizara.

Y hubiera querido morir hipnotizado por el panteísmo alucinador de la tierra de los dioses, sumergida la frente en aquel mar de flores calenturientas, bajo la imagen grotesca de algún Buda, que con su sonrisa indefinible habría de burlarse eternamente de mi inútil dolor.

Dolor, miseria, error, ilusión, muerte, esta es la ciencia sagrada que enseña el Oriente, entre la más soberbia exaltación de la vida, y esta amarga sabiduría matará el brillar de las pupilas y florecerá despreciativa en todas las sonrisas de los orientales.

Sólo en la renunciación está el secreto de

nuestra paz, y el agua que ha de dar frescura á nuestras heridas abiertas y sangrantes.

Es de una magnífica belleza luchar hasta que nuestro cuerpo sea todo sangre, pero es de una belleza más profunda, caer divina y ferrozmente aplastado por la brutalidad inmutable del destino.

La renunciación es el fruto de plata del olvido y la primera anunciación de la eternidad.

Amar infinitamente, para renunciar después al amor y á todas las crueles y brillantes insinuaciones de la vida.

Por las tardes, alguna vez acompañado por una ligera niña del Ganges, de alma impenetrable como un jardín oloroso y cerrado, paseaba en un esquife de ágil proa por el lago verde muerto del remoto rincón de Kalisso.

Se escuchaba un rumor latente de vida vegetal, y algún instante sonaban las aguas abriéndose en círculos bajo la ofrenda religiosa de un bonzo.

La tierra, las aguas, los ojos de la criatura indostánica y mi alma, eran éxtasis.

Los árboles tendían á los cielos sus almas

flúidas y apasionadas, recuerdos de mujeres muy jóvenes llenaban de frescura el corazón, y algún pájaro de alas azules rozaba mi frente.

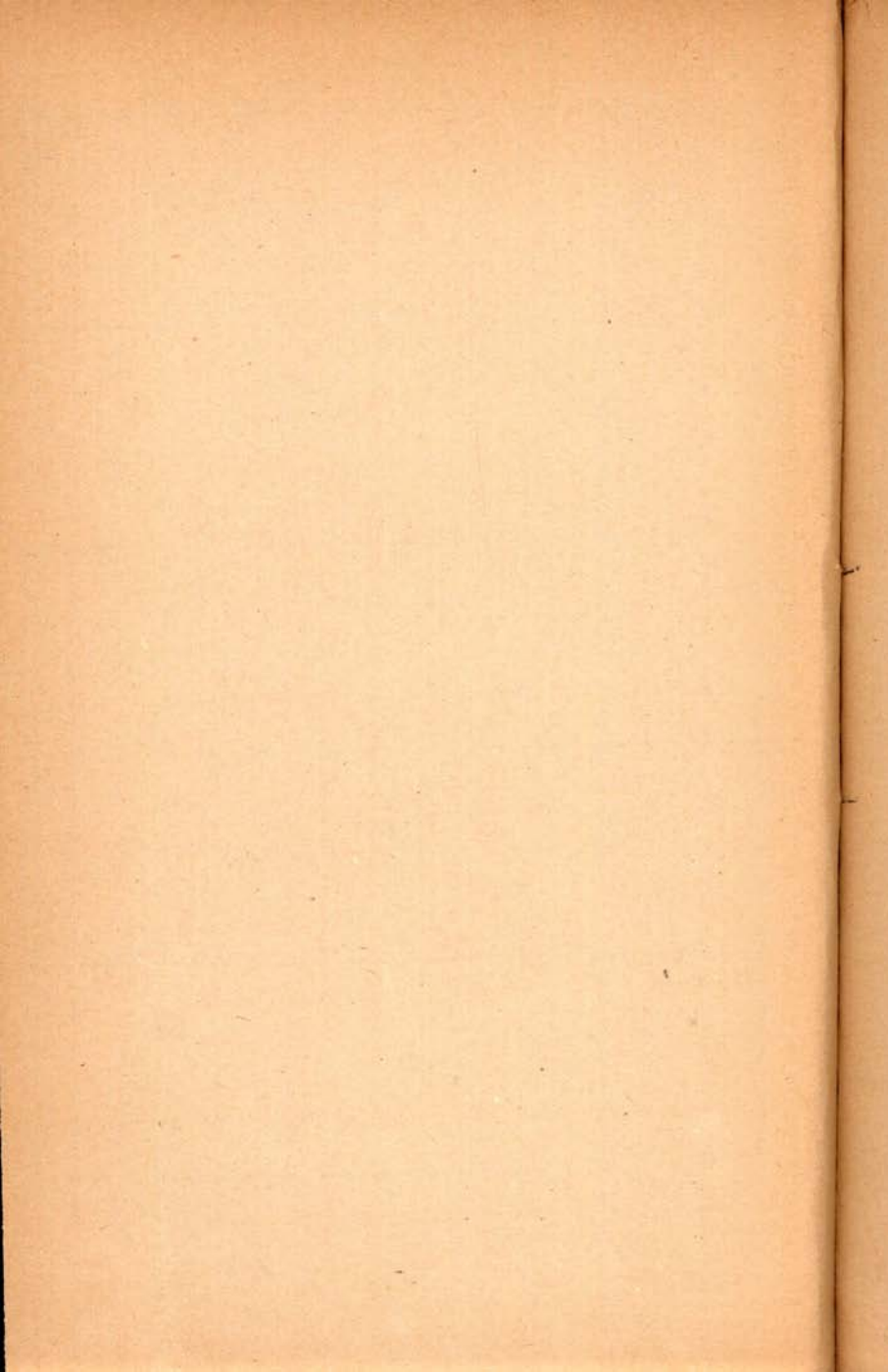
Y en las pupilas de la niña, gentil como una columnita de cobre, te veía lejana, lejana, aún más lejana que lo imposible.

Fugazmente te desvanecías en el fondo de mi alma, y yo me tornaba puro y sereno como uno de esos graves sacerdotes de Brahma, mineralizados en el vasto ensueño de la renunciación.



CAPÍTULO XIII

PAISAJE DE CHINA



Pasaron ante mis pupilas absortas, en lo invisible, las más fabulosas pompas del Oriente milenario y las más enigmáticas fantasías de esa tierra sagrada amada de los dioses y de las quimeras.

En nuestra alma llora siempre un hombre extraño y desconocido, que jamás nos ha dicho ni su patria ni su nombre, y ese misterioso recóndito me arrastraba ciegamente hacia lo más remoto, hacia lo que no tiene término.

De todo este peregrinar de alucinación, de encantamiento, no me quedaron sino imágenes torturadas, angustias inenarrables de ti y un perfume ligero de flores combinado con la podredumbre y con la muerte.

Aquel sueño de China fué un mundo miniatu-
ra de lindos muñecos y de fantasías aroma-

té, perdí muchas noches, muchos días, tendido sobre una esterilla de paja, frío como un cadáver y sin aliento apenas para sostener la negra pipa de opio.

En aquellas horas de envenenamiento, de inmovilidad y de desprecio, se abría ante mí la simple y prodigiosa alma china, que habita siempre palacios de ensueño y alcázares de alegoría.

La realidad para estos hijos de los dioses no es sino un sueño lleno de vibraciones.

Y estas supremas almas orientales aman más el reflejo que el rayo, la sombra que la imagen, el perfume lejano que la sensación violenta, el suave roce que el tacto áspero.

Saber que la vida no es más que un fulgor, y amar su relampagueo hasta en sus matices más imperceptibles.

Los chinos saben crearse exquisitas agónías, mortales estremecimientos y rarísimos placeres de alucinación.

Y perfuman su vida iluminada por la llama verde del opio, con la gracia triste de la melancolía y con la ternura resignada de la desesperación.

¡China, tierra sagrada de los reflejos, de las elegancias desvanecidas, de los rumores suaves, de las palabras sin hielo!

A veces, en el ensueño venenoso, contemplaba mi propia alma con la ansiedad que se contempla una tumba abierta.

Pero sonreía, y sólo atravesaba mi éxtasis la sonrisa fugitiva y un poco amarga de un nombre de mujer.

Vida, muerte, encuentro, despedida, alegría, dolor, amor, infinita mentira de todas las cosas, y para todo una sonrisa de piedad y de desprecio.

Un espejismo que fulgura menos que la luz de unas pupilas entre unos párpados que se cierran, y la nada.

Alguna vez, á la media noche, cuando eran más lucidas y pensativas las caras de los fumadores, el terror se insinuaba por mi alma con el paso cauteloso y aterciopelado de una pantera.

El fumadero tenía aromas acres y densos, como pensamientos martirizados.

Las uñas de los fantasmas rayaban la noche.

Apenas se escuchaban rumores y aullaban los ecos como fieras atormentadas.

Yo veía paisajes de alucinación, en los que las rocas parecían contraídas de horror.

Una luna demasiado blanca, obsesionaba llena de enigmas.

Árboles muy ligeros retorcían sus ramas con salvaje refinamiento.

Y te ofrecías á mí, monstruosa y horrible, encarnación de todo lo más miserable, torturador y angustioso de la vida.

Lejana, sólo pudiste ser amada por mí, por mi alma tan maldita como la tuya.

Ningún espectro resucitado de las más espantosas leyendas de China, podía producirme una inquietud más desgarradora que mi propia angustia, ni todos los crueles diablos de Yunnan soñaron nunca nada más perverso que tu alma.

Algunas mañanas de rosa, vagaba sin norte, en espera de una paz hecha de dolor y de resignación.

La madera de las casas semejantes á palacios de muñecas, tenía aún esa alegría húmeda de los bosques.

En los papeles de los faroles había una suave dulzura de cristales cubiertos de rocío.

Brillaban al sol claros y fulgentes los tejados de porcelana.

Era la China armoniosa de las floridas suntuosidades.

Un sentimiento juvenil y tierno llenaba el espíritu de luz y de misericordia.

Entre jardines plenos de gracia, se veían palacios abiertos á los que el aire llevaba su frescura hasta los salones más ocultos.

Surgían por todas partes divinos templos de luz y de perfume, húmedos de vegetación, santuarios voluptuosos de la nada.

Y la mirada se perdía en bosques sombríos, aromados violentamente, por donde pasearon en sus palanquines de oro enigmáticos emperadores letrados.

¡Maravillosa China selvática de los senderos frescos, de los perfumes de menta salvaje, de los claros tallos de arroz!

Paisajes de Kuan-Tung inocentes y suntuosos, imperio sagrado de los Hoang-Ti, lleno de fausto milenario y de sabia y dulce filosofía.

Mercaderes como ídolos golpeaban los gongos para atraer compradores.

Graves bonzos dormitaban sobre amplias telas rojas que semejaban charcos de sangre.

Y hería un pesado y acre olor de carnes vivas y de carnes muertas.

Sobre un fondo verde de jardines, unas niñas chinas entre el esmalte de las hojas, relucían como puntos de luz ó como resplandores de cristal.

Eran muñequitas de la estirpe de Pak-Hoi, ámbar y seda.

Sus caras pálidas eran como frutas para llenar deliciosamente la mano, y para ser mordidas con dientes voraces.

Sus manos eran lindas, hechas para acariciar sedas y para componer armoniosos ramos de flores.

Y en sus pupilas de oro, se entreveía acurrucado al diablo del amor.

Para sus almas desconocidas y para sus carnes adolescentes que temblaban ansiosamente bajo la seda amarilla, yo no tuve sino una ligera mirada de tristeza, de ausencia y de desaliento.

En mi alma no ha quedado ni un resplandor de juventud, ni una roja llama de pasión.

Por las tardes, todas las magias hechizadas de la poesía, se confundían con las brujerías crepusculares de la primitiva alma china.

El poniente aparecía rayado como una piel de tigre.

Las formas se teñían de esa coloración antigua y misteriosa de las lacas milenarias.

El aire hecho de tibio aroma y de lluvia cálida, tenía una dulzura de lágrimas sobre una piel febril.

Vagaba una exquisita poesía de luces y de temblores, de sombras fugitivas y de imágenes que nunca más habría de ver.

Toda la Naturaleza parecía nadar en el sueño.

Soplos ardientes de podredumbre venían con el perfume fresco de los jardines.

Largas líneas de árboles se dibujaban sobre la seda del cielo, como esbeltos trazos pintados con tinta china.

La infinita ironía de la luna, trazaba grotescas sombras sobre la tierra.

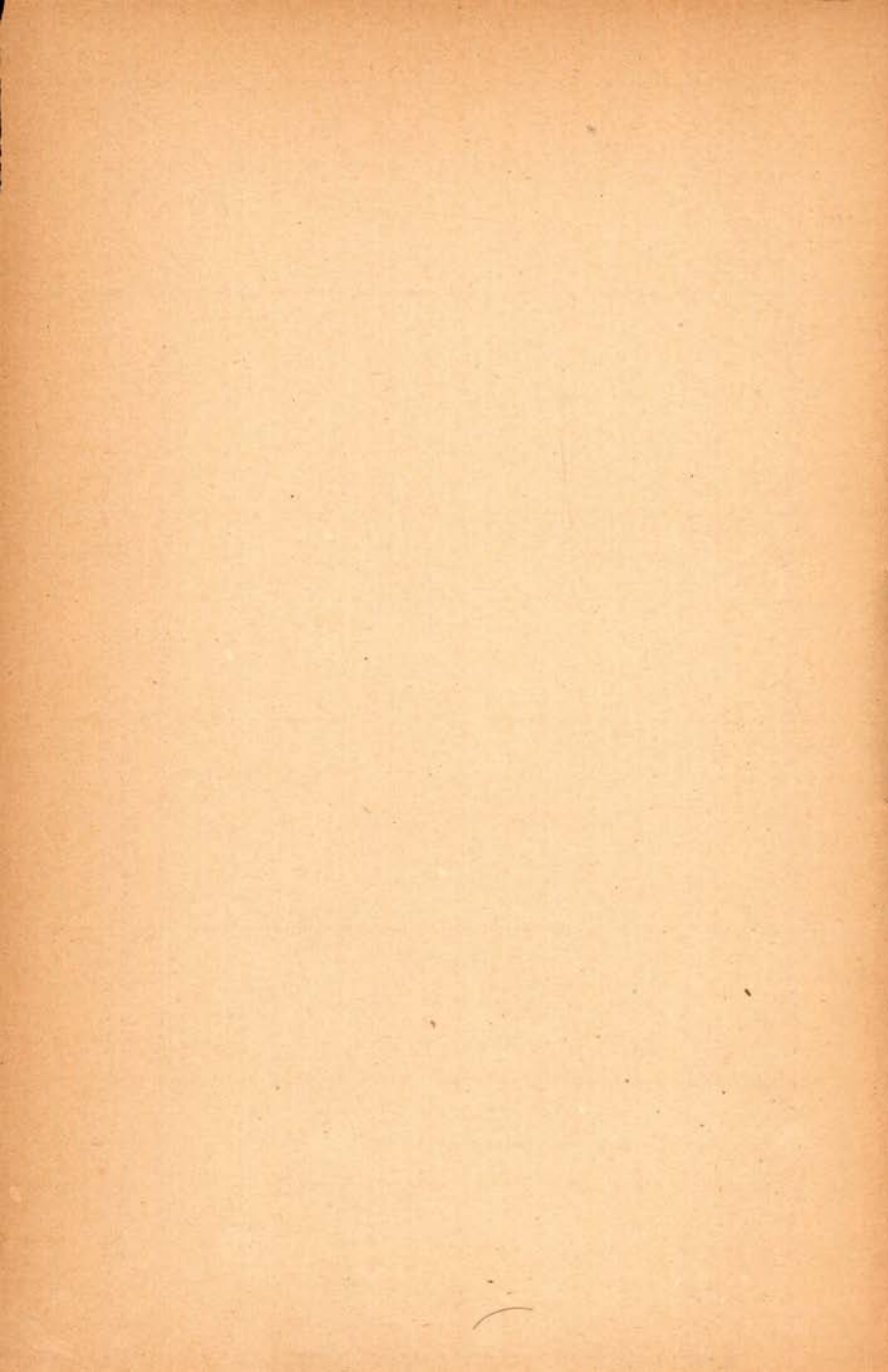
Las hojas muertas sobre el blancor del sue-

lo, semejaban extrañas letras chinescas sobre papel de arroz.

Y mi alma, poco á poco, abandonada por el destino, se acercaba silenciosa y fatalmente á las margenes de la nada.

CAPITULO XIV

SOL EN EL SOKO



Luz de gloria y de alucinación en el Soko vasto y sonoro.

Era viernes, y los montañeses celebraban el mercado en la clara mañana.

Grupos inmóviles de camellos descansaban junto á la tumba de Sidi-Ajmed El-Ansari, y sobre la pared blanca sus cabezas enigmáticas y tostadas proyectaban temblantes sombras monstruosas.

Arabes de perfil acerbo, de ojos de lejanía y de turbantes de color de tierra, ligaban en traillas á los galgos rojos de largas piernas y de pelo de fuego.

Jóvenes esclavas negras, con hondas cicatrices lívidas en las mejillas y con pesados aretes de plata, pasaban lentas y desmayadas

conduciendo niños de piel morena y de yilaba purpúrea.

Mujeres de la montaña, con la cara casi velada por la *futa* de colores llameantes, sentadas en el suelo en actitudes idolátricas, con los desnudos brazos agobiados de bárbaras pulseras de cuerno y de plata, vendían los panes primitivos de un color semejante al de sus carnes soleadas, las hierbas claras y frescas para el ganado, el trigo que había de ser molido por las viejas piedras familiares en el silencio antiguo del lar.

— ¡Balak! ¡Balak!

Y los *yebli*s altivos como reyes de leyenda, pasaban en sus caballos salvajes de largas crines hoscas, con el fusil terciado á la espalda, y sobre la yilaba terrosa la gumía de plata y asta de búfalo y la cartera de cuero bordada en sedas rojas, azules, verdes y amarillas.

Sentado en la terraza de un café moro, fumaba y llenaba mi espíritu de luz.

Había en el aire un aroma dulce y desgarrador de pieles febriles de bestias, de jazmines penetrantes, de kif, de ámbar y de carnes de mujer.

Aquel vasto campo lleno de sol y de fausto, con sus árabes tristes y aristocráticos, con sus negros gigantescos, con sus hebreos pálidos y sutiles, con sus esclavas cargadas de ajorcas conduciendo pesados azafates de cobre, me evocaba los mercados de Bagdad en el tiempo de oro del Islam.

Blancas y sedosas bandadas de palomas descendían á picar el trigo que vendían las montañas en altos montones dorados.

Llenaba el Soko una vibrante algarabía de ásperos gritos guturales, de ardientes voces bárbaras.

Una ágil niña de la montaña, descubierto el fino rostro semejante á una fruta tostada, abrió su roja *bedeia* de paño, y con primitivo pudor ingenuo, enseñó sus pechos, apenas núbiles, de temblante gracia y de vivo color de sol.

Hubo en aquel movimiento tímido y soberbio un encanto fresco y penetrante, una dulce y honda sugestión á una sensualidad pura y rítmica, una alegría simple y abierta como la mañana.

Saltaban unos cabritillos elásticos de suave

carne rosada en torno de unas mujeres sentadas en un círculo de misteriosa apariencia cabalística.

Mancebos cetrinos de las tribus, sueltos y protervos como los antiguos guerreros de Lamtuna, regresaban á la montaña con los frascos rebosantes de pólvora y las carteras bordadas llenas de pañuelos de seda y de collares del Sus, para las mujeres morenas de largos ojos calientes.

Judíos de *chojas* negras y de pálidos rostros desesperados, se agitaban, discutían, traficaban con una diligencia temblorosa, casi febril.

Y lentas caravanas de camellos, llenas de fatiga, de sonnolencia, de avidez, tornaban al desierto cargadas de pesadas mercaderías.

Centelleaba el Soko bajo un sol de delirio.

De los ángulos de las casas, de las cornisas de las mezquitas, surgían largas é inquietantes sombras moradas.

— *Uajad de arial... zlaza de arial...*

Y el *dellah*, corriendo frenético de un lado á otro, subastaba á voz en grito los kaftanes de tisú, los *jaitis* de colores simulando los santos arcos de la Kaaba, las anchas pulseras

de plata, las antiguas armas labradas en oro y en marfil.

Niñas impúberes, de rostros pálidos y ardientes como si los iluminase una llama interior, jugaban con una alegría ágil y fuerte de animales jóvenes, y sus blancas *futas* flotaban con una ligera gracia de alas.

Al acercarse la oración de medio día, abandoné el café y torné á mi casa.

Dentro de sus nichos, los moros mercaderes dormitaban tendidos sobre cojines, ó extáticos pasaban silenciosamente las cuentas de sus rosarios de sándalo.

En una tienda de tapices de Rabat, un viejo moro de largo rostro barbado semejante al de un acre y lascivo macho cabrío, besaba con soberbio impudor á un mancebo moreno de gestos lánguidos y ojos femeninos.

Y los demás mercaderes, contemplaban con rígida impasibilidad aquella escena cínica, bestial y clásica.

Las estrechas calles laberínticas, estaban llenas de una sombra azul, fresca y ondulante.

Y mi tristeza sobrehumana también estaba

llena de sombra, de una sombra fría de mundo muerto.

En la fantástica ciudad mora, pasaba mi existencia de fantasma como una agonía silenciosa y oculta.

Mi vida estaba absolutamente rota, y ningún poder taumatúrgico haría levantar el cadáver de su losa de piedra.

A instantes, como violentas ráfagas de tempestad que penetraran en una estancia en paz, venían á mí recuerdos tuyos.

Tú fuiste para mí el ácido mordiendo el acero, y toda mi vida luminosa y ferviente estuvo entre tus labios como una *flor ensangrentada*.

En el divino amor, las torturas tienen un dulzor más profundo que las caricias, y de la podredumbre y de la sangre nace el amor infinito.

¡Amar siempre como dioses y hacer, de nuestra vida una gloria y un sacrificio eternos!

Una luz misteriosa llenaba las calles estrechas como ataúdes.

La sombra blanca de alguna mujer de ojos

de calentura se deslizaba ágil y silenciosa adhiriéndose á las paredes.

Se entreabría con chirriar áspero y lento alguna antigua y ferrada puerta del tiempo de los árabes *andalus*.

Lejos y resonante bajo los arcos, se escuchaba una voz pálida de ensueño, que cantaba algo lento y desesperado.

A veces se desgarraban los arcos y aparecía un cielo metálico de luz.

Y tras de mí, el silencio venía como un invisible fantasma agorero.

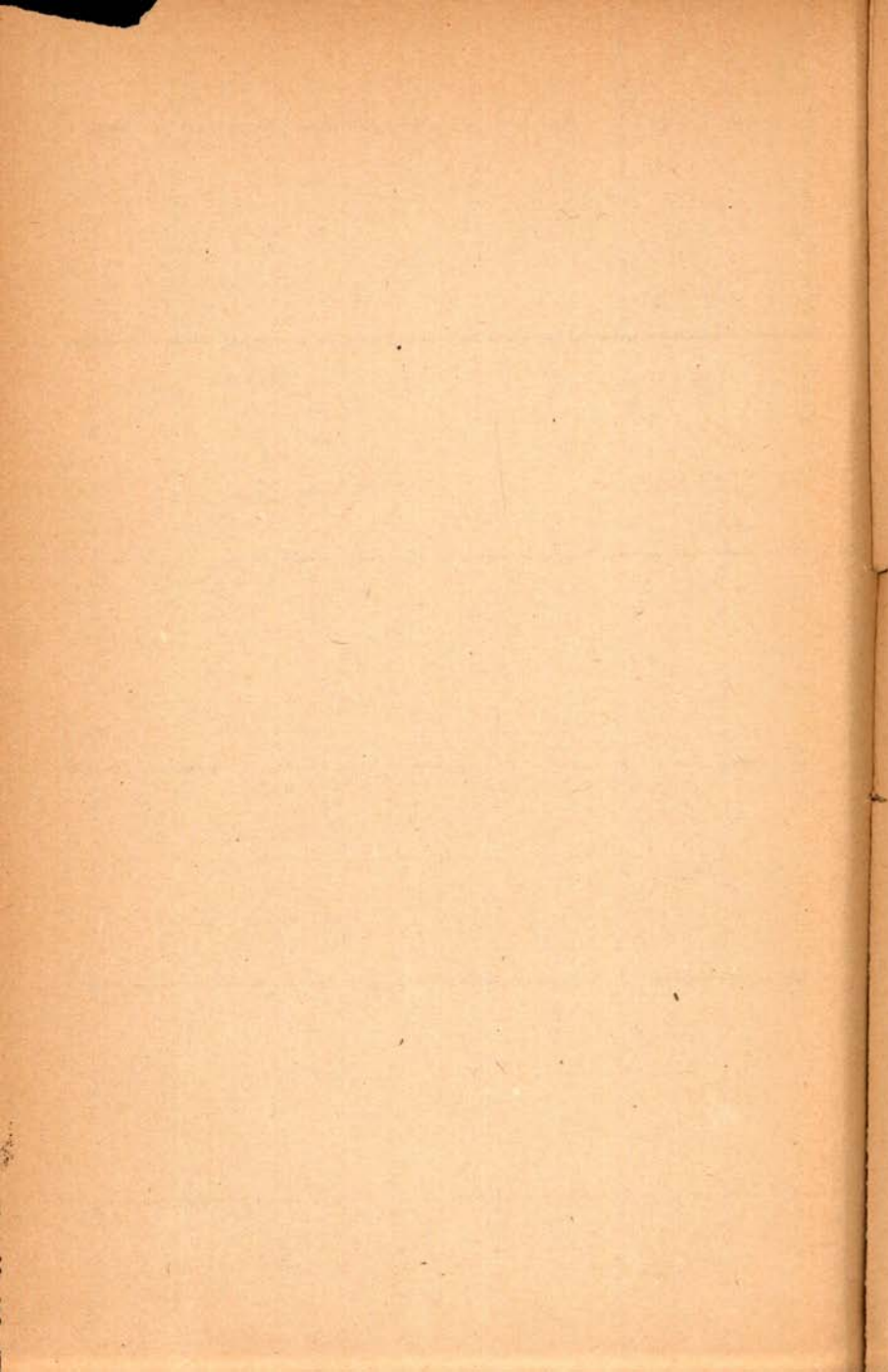
Entré en mi estancia y me tendí sobre un tapiz dorado y caliente como carne viva.

En la copa de bronce humeaba el aloe con un perfume profundo, casi mórbido.

Cerré los ojos en un confuso sueño doloroso.

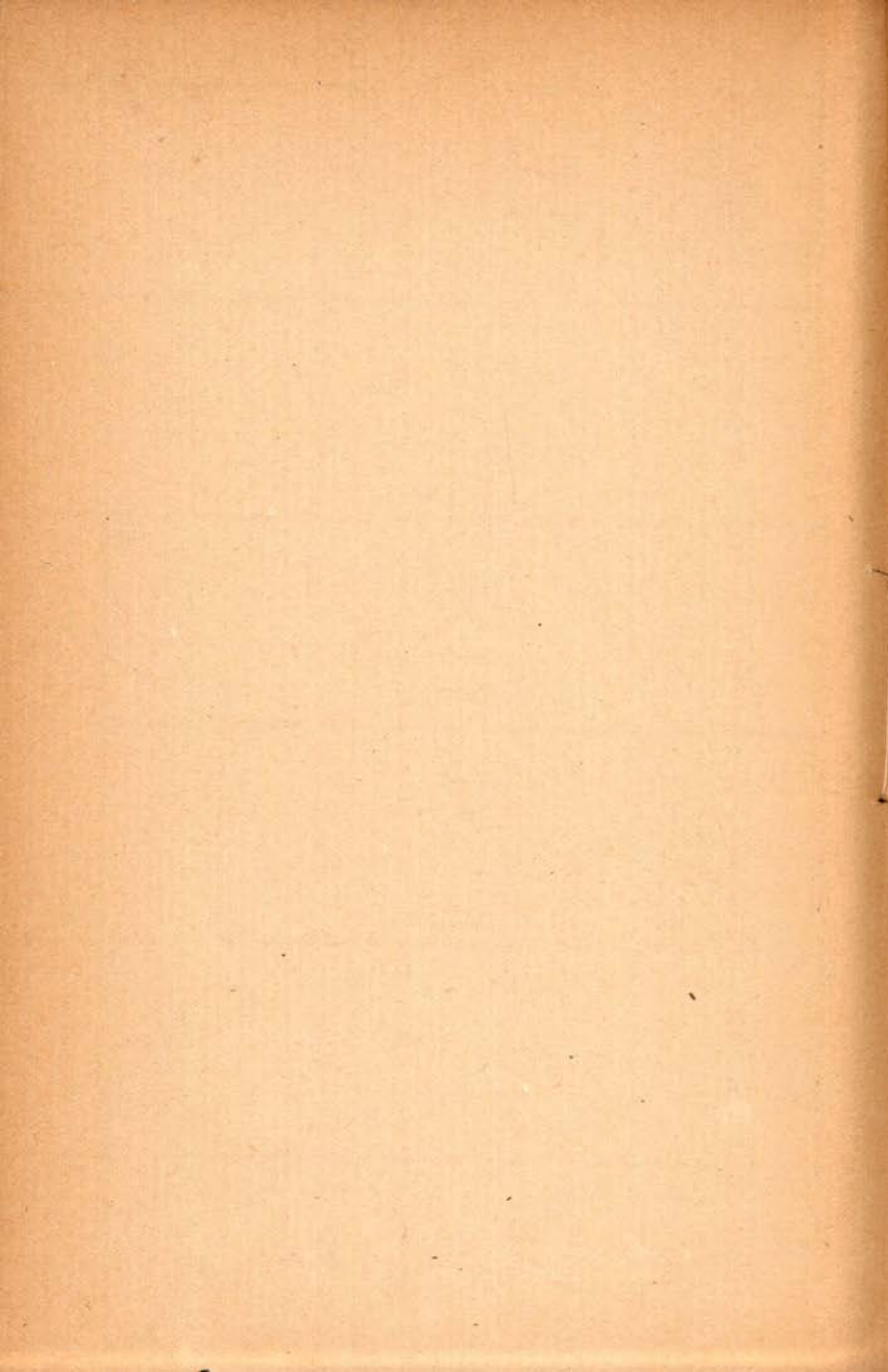
Me roían las inquietudes como los gusanos un cadáver.

Y una vez más, quedó inmóvil y sola mi alma oriental que ama el sueño, el silencio, los perfumes y la muerte.



CAPITULO XV

EL CAFÉ MORO



Acababa de cantar el *mudden* la oración del Mogreb.

Vibraba aún en el aire la voz religiosa, y á su conjura venían las sombras como bárbaras turbas de guerreros del Islam.

El crepúsculo tenía una desolación que concordaba amargamente con mi alma.

La sombra larga y palpitante penetraba á través de las celosías, hendía el reposo de las calles, coronaba las cúpulas de los alminares, galopaba tumultuosa y cabalística por los aires.

Pasaban árabes lentos y taciturnos camino de las mezquitas.

Cerraban sus nichos los mercaderes, y los niños tornaban de las *medersas* recitando los últimos versículos del libro de Dios.

Una vieja, de cara de hechicera se asomó á una ventana, y se retiró rápida murmurando maldiciones.

Alguna esclava negra, casi oculta por la *yilabia*, entornaba una puerta minúscula y desaparecía fantásticamente.

Se escuchaban voces femeninas, dulces, suplicantes, á través de las negras celosías, de las antiguas puertas labradas.

Quedaba en el aire la trágica melancolía de aquellos *andalus*, que en el silencio fragante de la ciudad mogrebí, sepultaron para siempre las amarguras de sus amores muertos y de su patria perdida.

La gracia suave del olvido llenaba mi alma de ligero recogimiento.

Huía el arcángel negro que vive en mi espíritu, que á ratos es dios y á ratos demonio.

Y una clara dulzura me hacía soñar con temblores de amor bajo los árboles, con un poco de luna en el alma, con una bondad suave sobre todas las cosas.

Un viejo mendigo, con los ojos abrasados por los hierros ardientes de la justicia del Sultán, hincado de rodillas y con los brazos

en cruz, pedía con voz sobre humana la limosna de Dios.

Su horrible monstruosidad dolorosa me hiirió áspera y violentamente, y sentí como si en mi alma naciera una llaga más.

Por una escalerilla obscura, carcomida y rota subí al café moro.

Me tendí sobre una amarilla estera de paja, y el cafetero, un viejo de rostro de profeta, me sirvió el té con menta.

Algunos sonámbulos fumadores de kif, sudorosos y extenuados, soñaban con las pupilas abiertas sobre todos los miedos de la tierra.

Había inauditas crispaciones de tortura en los rostros de aquellos seres perdidos en la alucinación.

Fumaban, y de sus bocas de calentura semejantes á heridas podridas, salían juntamente con el humo de ópalo silbantes estertores.

Todo lo que hay de eternamente triste, de misteriosamente hermético, de cruelmente despreciativo en la soberbia raza de Arabia, palpitaba en aquellas caras fascinadas.

El cafetero me ofreció una pipa de kif, y á

mi negativa, respondió con gesto de arrepentido.

— Haces bien en no fumar, señor. El kif es como las mujeres; al principio es bueno como un sueño, y después no deja una gota de sangre en nuestras venas.

De nuevo, y con más potencia que nunca, la belleza fugitiva y triste de la amada perdida, desgarraba mi espíritu.

Venía á mí con la divina desolación de los condenados por el destino, y en su sonrisa ambigua como la vida, yo adivinaba el misterio de la muerte.

Por ella hubiera sido un dios ó hubiera sentido en mis espaldas al cruzar por todos los abismos las alas negras del arcángel maldito.

Torturadamente, yo amaba en ella todo lo que había de más triste, de más obscuro, de más pobre y de más desencatado en su existencia.

Después, la muerte pasó por mi alma en un relámpago, y con el desdén de un César arrojé á los aires todos los tesoros de mi vida.

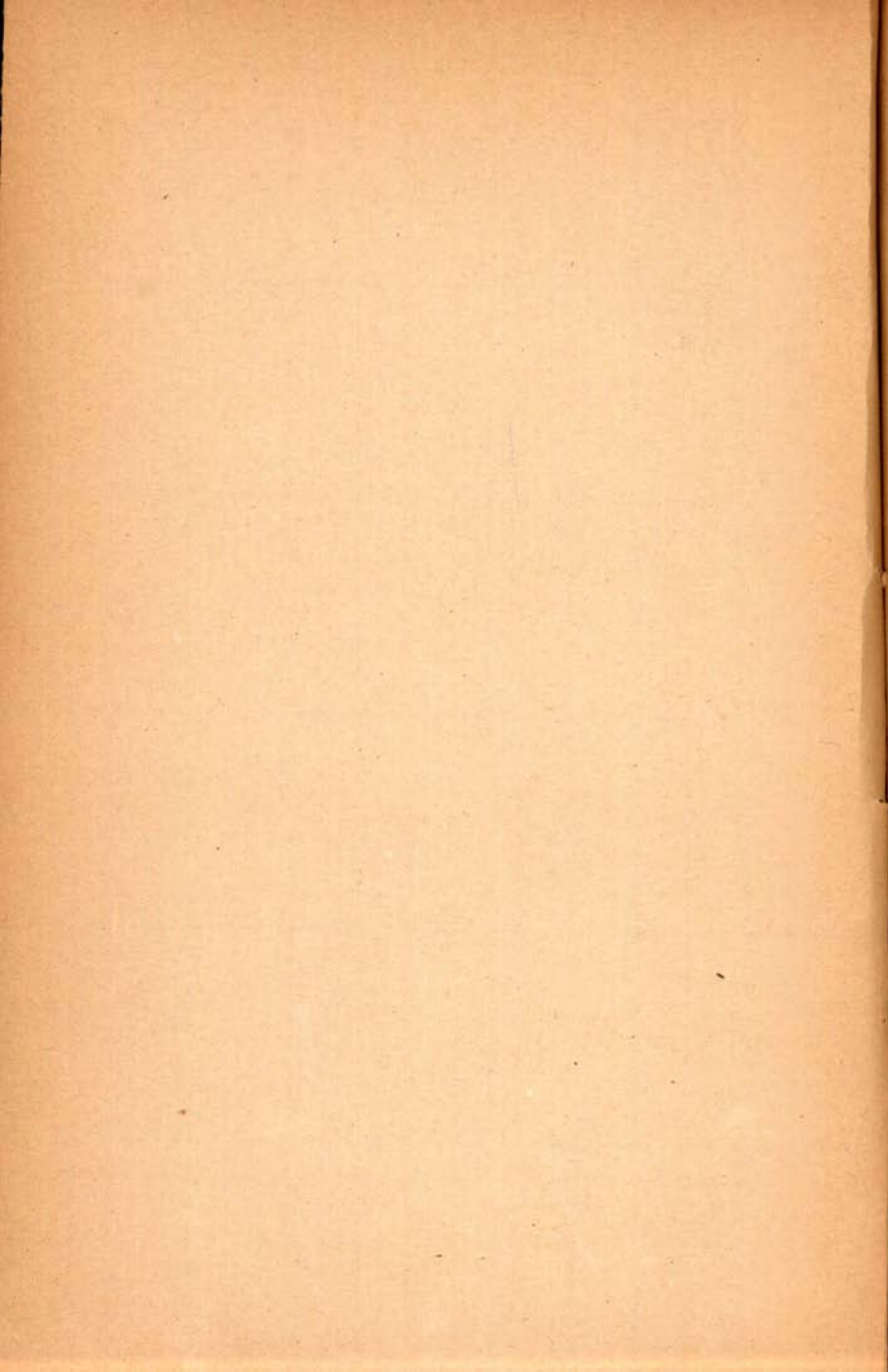
Cerré los años de mi existencia como se-

pulcros que nadie abrirá jamás, y no dejé á aquella mujer sino el recuerdo lívido de un muerto.

Una luz amarilla y temblante de velas iluminaba el café.

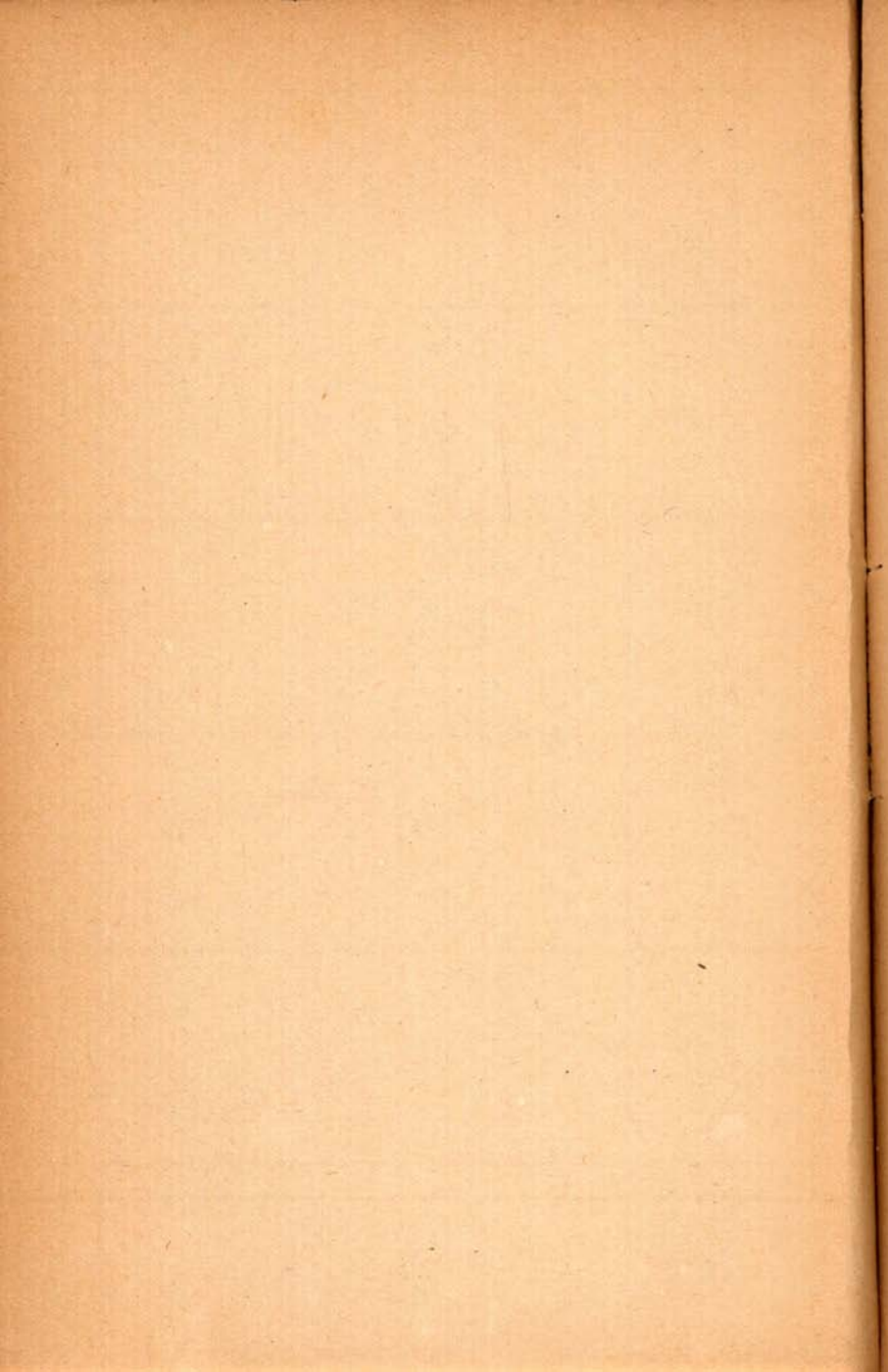
Borboteaba el agua en la luciente cafetera de cobre, y aquel son interno y opaco era como el acompañamiento sobrenatural de los delirios de los fumadores.

Y una paz inmóvil y fría avanzaba en mi alma lentamente, porque cada instante me acercaba á la hora final de la muerte.



CAPITULO XVI

SUAVE Y PÍA



Por las ventanas abiertas, entraba la noche con una penetrante melodía que animaba el corazón.

Tendido sobre mis cojines de cuero, yo sentía en mis ojos toda la luz de la luna, y en mi espíritu la suave caricia de un recuerdo lejano.

Ante mí, el alminar de una mezquita se erguía con la violencia de un deseo impetuoso.

Y el cielo, inquieto de mundos, se me ofrecía infinito, como mi sed de eternidad.

Un gato, cuyas pupilas tenían fulgores no sé si de ojos de mujer ó de pantera, saltó de una azotea, y se perdió en la noche ágil, brillante y enigmático como el diablo.

El silencio era de abandono, de inexistencia.

Y la noche invitaba al espíritu á las meditativas concentraciones, á esos inefables recogimientos en los cuales sentimos junto á nosotros la presencia invisible de un arcángel.

Recuerdos, siempre recuerdos.

Mi espíritu se tendió hacia aquella Castilla infanzona, extenuada y ascética, muerta bajo los hoscos cielos de cobre y bajo la angustia del tañir de las campanas.

¡Castilla!

Con trazos de alucinación imaginé aquellas noches castellanas de los Austrias, en que las brujas cruzaban los aires cabalgando sobre machos cabríos, en que los caballeros de ojos fulgurantes y vestiduras enlutadas, se acuchillaban bajo la luz de aceite que iluminaba, un Cristo feroz, en que beatas tocadas de negro, salían como penitencias de velar algún cadáver, en que Satanás, vestido de galán, alto el mostacho y victoriosa la pluma roja de su birrete, rondaba en torno de las celosías conventuales, en que frailes gordos como la gula y horribles como el pecado, violaban á sobrenaturales doncellas enamoradas, en que inquisidores de color de muerte contemplaban

bajo el llamear de las antorchas martirios de nigromantes y de judíos, y en que el trágico rey Felipe, pálido como un espectro, húmeda la frente de un sudor de agonía, abiertos los ojos sobre la locura, sosteniendo en alto el velón encendido, recorría los largos y negros y resonantes corredores de palacio, tras los verdes ojos de Sarah la hebrea que le llamaban desde el infierno.

El cielo, lleno de estrellas fulgurantes, prolongaba en mi espíritu la excitación de la vida.

Y la luz celeste parecía tener para el alma esa caricia ligera y fresca, ese éxtasis bueno y suave que nos hace olvidar que somos hombres y que nuestro espíritu no tiene alas.

Hundí mi frente en la noche, como en un mar flúido.

La silueta de la mezquita se tendía en arco fugitivo, y su torre avanzaba en la noche con la violencia dura de una afirmación.

Y las líneas anchas, y los trazos sin curvas de las casas, predisponían el espíritu al reposo de las formas simples.

Mis ansias, que habían sido fosforescentes

como las estrellas, se apagaban en la taciturnidad de la noche.

Y mis sueños de imperio, aquellos Césares rojos de púrpura que tiranizaban mi vida, hufan como arcángeles malditos á la luz de la mañana.

El canto del gallo, ese canto que suena siempre en la hora de la agonía, anunció la confusa angustia de una aurora nueva.

Y clara, acerbamente, torné á vivir el recuerdo inolvidable de Castilla, y pasó ante mi espíritu la imagen más fugaz que una mirada, de aquella moribunda suave y pía á la que nunca más veré.

Aquel día, Villaespesa, el poeta de alma augusta y latina, cuyos versos son rítmicos como lacticlavios, nobles como columnas jónicas, triunfales como laureles y palpitantes como enamorados muslos femeninos, tendido sobre mis tapices, fumaba un cigarrillo de Isis, y su rostro patricio y romano de Calígula, resplandecía á instantes como debió resplandecer el del César en las divinas fiestas del Palatino.

El poeta había leído sus versos, y un momento máximo y heroico vivimos en la altísi-

ma zona de vida, iluminados por un fausto prodigioso de claridades y de sombras.

Habíamos hecho de la divina exaltación el verbo de nuestras vidas, y siempre encontrábamos abundante y sonora la fuente sagrada de armonía.

Sabíamos perpetuar en nuestros espíritus el temblor misterioso de la creación, y transformar aquellas cosas fugaces que pasan sin existencia en imágenes vivas y sangrantes.

Nuestro fervor, dispuesto á todas las animaciones, sabía dar el relieve preciso y perfecto á aquello que debía ser concretado en formas victoriosas, y nuestras voluntades, tiránicamente disciplinadas, sabían erguirse hacia los cielos.

Ambos queríamos extender sobre las almas ese tejido hecho de luz y de sombra armoniosa que ha de prolongar la máxima ilusión.

Hubiéramos querido resucitar la gracia plena de los antiguos mitos y el coro acorde y melodioso, y del mar tempestuoso de la tragedia, hacer surgir á la criatura cuya máscara es como la noche.

La luz de España, esa luz que tiene algo del Oriente y que, sin embargo, es dura y áspera, iluminaba mi estancia hasta arrancar destellos á las telas de Egipto que cubrían las paredes, telas que tenían el verde líquido del Nilo y el profundo fulgor de las esmeraldas de Cleopatra.

Los medallones con los retratos de lejanas amadas surgían de las paredes como pensamientos antiguos.

Dinah, larga y flexible como una rama de olivo, con los ojos del color rico de los dátiles, y con la boca cerrada y oscura como su frente.

Luna, de ojos claros y húmedos y de boca pródiga y suma, semejante á la de aquella Margarita de Francia que tuvo la sangre ilustre de los Valois.

Rachel, de sonrisa un poco enferma y muy ligero.

Zarah, alta y perfecta como una mujer bíblica, con los ojos negros y fanáticos, pálida con la palidez de una sangre real.

Perla, la criatura todo amor, más leve que

un sueño y más expresiva que una sonrisa dolorosa.

Mis armas, esos cantos de acero por los que yo siento tan vivo amor, brillaban resplandecientes.

Armas moabitas, negras como el cuerpo de la diosa, armas japonesas sutiles, sabias y crueles, armas árabes curvas como pensamientos feroces, armas indias ondulantes como lenguas, perversas como el veneno de sus hojas.

Un aire que tenía todo el calor de una boca elocuente, agitaba los *jaitis* negros y amarillos que colgaban á manera de tapices funerarios.

La luz era flamear de imágenes y ansia devoradora.

Villaespesa fumaba lenta y silenciosamente, y por sus ojos hundidos en las entrañas del pensamiento, pasaban carros de oro y de fulgor, galopantes cuadrigas estruendosas, bárbaras legiones ululantes, Césares altos sobre cumbres de mármol, resonantes de púrpura, sangre circense elevada gloriosamente en un clamor unánime, arcos de triunfo laudos como liras, fiestas de amor al son de las

aguas, junto á los dioses penantes, sobre lechos de pórfido y bajo la melodía augusta del cielo de Roma.

Una violenta embriaguez se desarrollaba en mi espíritu como un mito primitivo.

Era un suplicio torturador sentir el espíritu colmado de imágenes, de fuerzas, de victorias, con las alas abiertas, y con nuestras propias manos convertidas en garras implacables, tener que asesinarlas en el silencio árido.

Yo quería vencer al destino, dominar su bárbara ceguera, y hacer de mi vida una fuerza imperativa y libre.

Deseaba hacer de mi alma como una nave que cruzase ligera por todos los mares, y con la audacia de su proa cortara las ondas negras de la muerte.

Una raza pura, insaciable creadora de dioses, me había engendrado apto para sentir todo el fervor de la divinidad.

Pero el destino me sujetaba á la roca solitaria, y ni me ofrecía más presa que mi propia sangre, ni me traía más clamores que el aullido del mar y el horror de las tempestades.

Pasaba la mañana como un canto triunfal.

Por el balcón entreabierto penetraban tumultuosamente ráfagas extenuadas de luz y de calor, y eran tan densas como esos aceites olorosos que impregnan las anchas cabelleras difusas de las esclavas.

Villaespesa había tornado á fumar y el humo lo envolvía en una nube azul.

Contemplativo y rígido, su rostro de romano se había transfigurado, y había adquirido esa expresión acerbamente española de ansia concentrada, de martirio lento y de sensualidad desolada que crispa las caras, de cobre de los místicos de Castilla.

— Castilla te clava sus garras. Es preciso huir...

— ¿Y á dónde? Como el viejo Horacio, á todas partes llevaremos nuestras inquietudes, y no habrá un solo paraje en la tierra en el que podamos descansar en paz.

— No encontraremos la paz ciertamente, pero la paz no se ha hecho para nosotros. Encontraremos, en cambio, el ambiente propicio que ha de ennoblecer nuestras vidas.

— El ambiente somos nosotros, y tú que

eres un nómada, sabes que no hay paraje árido para un espíritu desbordante.

— El ambiente de Castilla no es sólo árido, sino extenuador; aniquila todas las potencias puras y mata todas aquellas vivas ansias que no se tienden hacia lo implacable. Los fanáticos han cantado en tonos demasiado altos la epopeya castellana, y si hubo un tiempo perfíles acerbos y fuertes individualidades, fueron los últimos resplandores del alma árabe. En los hombres de Castilla no hay sino dos matices de una misma modalidad: la crueldad guerrera y católica, Duque de Alba, Torquemada, Gran Capitán, Virreyes de Indias, y la crueldad intelectual, Cervantes, Valdés, Quedo, Zurbarán, Hurtado de Mendoza. En Castilla no han existido nunca el amplio, armónico, potente sentido de vida, ni el ansia noble, vasta, profunda, de penetrar en los misterios que velan á Dios.

Un ardiente fulgor de oro pasaba por entre una apariencia desvanecida de pompas antiguas.

El aire palpitante me traía un hechizo del

Oriente, del Oriente madre que guarda la medula inmortal de los dioses.

Escuchábamos en el silencio la carrera angustiosa del tiempo.

Violentemente, como desde una alta montaña de alucinación, mi alma caía en sombras, y la tristeza, la pálida peregrina, me conducía silenciosa por el camino desamparado de las quimeras de ojos ciegos.

En esos instantes de aridez, el don de la vida se me ofrecía como algo doloroso, miserable y estéril.

Mi instinto se replegaba como una fiera que se oculta.

Y mi alma que todo lo ha amado y todo lo ha vivido, quedaba extenuada bajo una angustia de cien siglos.

Villaespesa dejó de fumar, y por sus pupilas casi vacuas, como las de las antiguas estatuas, cruzó en un relámpago la iluminación de un pensamiento.

— ¡Crear la nueva España! ¡Infundir sangre ágil é impetuosa á las viejas venas áridas!

— Una juventud heroica que lleve en alto la antorcha sagrada, puede realizar el mila-

gro, y la España de hoy, viejo espectro miserable, renacerá en la criatura viva, divinamente amada por las victorias. Una tierra no perece; la tierra es inmortal; pasan los hombres, pero la substancia madre es eterna. El máximo espíritu de vida se encuentra maravillosamente difundido por todas partes, y no faltan sino las almas claras y vastas que puedan recogerlo. No se llega á la plena armonía sino cuando una voluntad consciente y poderosamente dirigida tiende hacia ella con religioso fervor profundo. Jamás en esta tierra de desolación se ha sentido el florecer magnífico de la vida; nunca un aire desbordante de aromas de jardines, de calentura de amor, ha pasado con alegrías nupciales por las soledades de piedra; nadie ha sentido ese estupor dionisiaco que produce la gloria de la luz; labios algunos han percibido en la embriaguez vital la dulce plenitud de una hermosa fruta sangrienta. El divino triunfo sobre la vida no lo obtendrán sino aquellas razas que lleguen á esa armonía en que cada acto tiene la significación de una alta obra, Grecia, que

recibió la luz madre del Oriente, sintió muy de cerca las alas de la Victoria.

El poeta y yo abandonamos mi retiro y salimos á la calle, una calle siglo xvii, rufianesca y llena de sol.

Un mendigo comido de úlceras y de picardías, nos alargó una mano bestial, homicida, plañendo un rezar miserable.

Cruzaron unos curas de mantos verdosos, con los rostros mal afeitados llenos de una expresión de lujuria delirante.

Gallegos de bárbaras caras anchas y célticos ojos grises, descansaban junto á una fuente.

Dos rameras, seguidas de una alcahueta alucinante, nos miraron tétricamente insinuadoras con ojos de fiebre y de vicio de Hospital.

El poeta y yo avanzamos por un largo paseo, bajo la fresca juventud de los árboles frondosos.

Era una divina tarde, de esas que dejan en el alma una profunda estela de aromas.

Se sentía toda la clara frescura de las hojas, y el aire era ligero y dulce como una promesa de amor.

Una luz inaudita se extendía por los últimos

confines del cielo, como si un dios salvaje cruzase entre llamas en su carro de fulgor.

Llegamos hasta un palacete blanco, de una frialdad desconsoladora de piedra no acariciada por el tiempo.

En tanto que un criado nos anunciaba, nos detuvimos en el jardín.

De entre el profundo verdor parecía nacer un rumor misterioso.

Aquel rincón de rosas y de hojas oscuras, era un éxtasis de frescura, de silencio y de olvido.

La hora y el paraje tenían una gracia, una delicadeza tan fugitiva y tan perfecta, que yo no le encontraba analogía sino en las imágenes de Botticelli, ó en la pureza pensativa de los jóvenes discípulos de Sócrates el divino.

En la puerta del *hall* apareció un hombre amorfo, sin un perfil, que nos tendió sus manos con efusión reluciente de rastacuero tropical.

En el *hall*, de simple gusto inglés, esperaba una dama.

Me alargó su mano de anunciación y de ensueño.

Y se irguió ante mi vida.

En mi alma hubo como un estupor, como un silencio hecho de infinito.

Algo que no era de este mundo nos unió trágica y fatalmente.

Ante aquella criatura permanecí extático como ante la eternidad.

Yo la miraba con una mirada recta que tenía el claro fulgor de una espada en alto.

Con los ojos, con las manos, con mi vida entera, yo hubiera querido retener su alma, su alma, de la que yo presentía el vuelo.

Villaespesa percibió toda la sobrenatural iluminación de mi espíritu, y me miró hondamente con sus pupilas vacuas que han contemplado lo invisible.

Y, sin embargo, mi frente, cerrada siempre como las cajas de bronce que guardan los venenos del Asia, permaneció hermética, y ni un solo músculo vibró estremecido en mi cara cubierta con una rígida máscara de impasibilidad y de orgullo.

A media tarde, una doncella esbelta y silenciosa, trajo el té en unas delicadísimas porcelanas del Retiro, que tenían la amable y gra-

ciosa pompa de los tiempos en que la Reina y el gentil Godoy se amaban bajo las frondas propicias de Aranjuez, en tanto que el buen Monarca cazaba los ciervos de astas retorcidas, tan semejantes á él por la dulce manse dumbre.

Ella, con su elegancia de infanta antigua, sirvió el té en las tazas esmaltadas de oro.

Su vestido era de ese color azafrán con resplandores aureos, tan amado por las jóvenes atenienses.

Su gesto era la muerte, porque en ella revivían vidas ya pasadas.

Y tenía la trágica tristeza de un maravilloso destino incumplido.

Por las ventanas del *hall* penetraba el aliento del jardín, perfumado y amargo y una luz verde llena de un profundo encanto vegetal.

Al iniciarse la noche abandonamos el palacete.

Ella quedó en ese divino claro oscuro magamente loado por el supremo Leonardo.

Y velada de sombra, la sentí desvanecerse en la muerte.

Al despedirme, percibí que este adiós era el

ultimo, y que jamás la volverían á ver mis ojos mortales.

La tarde tenía] como una pena muy amada.

Lejos, en la ciudad, comenzaban á encenderse luces eléctricas, y su brillar blanco y frío, desconsolaba en la gloria fragante de la tarde.

Sobre los árboles caía la noche con un temblor de sombras.

Villaespesa acercó al mío su rostro de fauno, y con la voz llena de ironías, murmuró.

— El amor...

Callé en un recogimiento lleno de angustia.

Un nuevo amor abrió sus alas en mi alma como un águila sobre la eternidad.

Y el odio me crispó con ese horrible gesto trágico, que á veces tuerce mi alma, atormentada como el alma maldita de Satanás.

La amé y la odié.

La amé como un dios, y la odié con el fanático odio de siglos de mi raza maldecida, porque nunca sería mía, por que jamás habrían de decirme sus labios la divina palabra.

Después... el amor fué llaga viva junto á la lumbre.

¡Noches eternas en que mi corazón era como la llama de una antorcha á todos los vientos!

¡Lunas de mis angustias y arcángeles de mis tristezas!

Ella habrá muerto en una bárbara ciudad cosmopolita, destrozada por todos los horrores de la vida y por todas las ciegas tempestades del destino, sin dejarme más que aquel perfume de su cuerpo, que era el aroma de los ángeles.

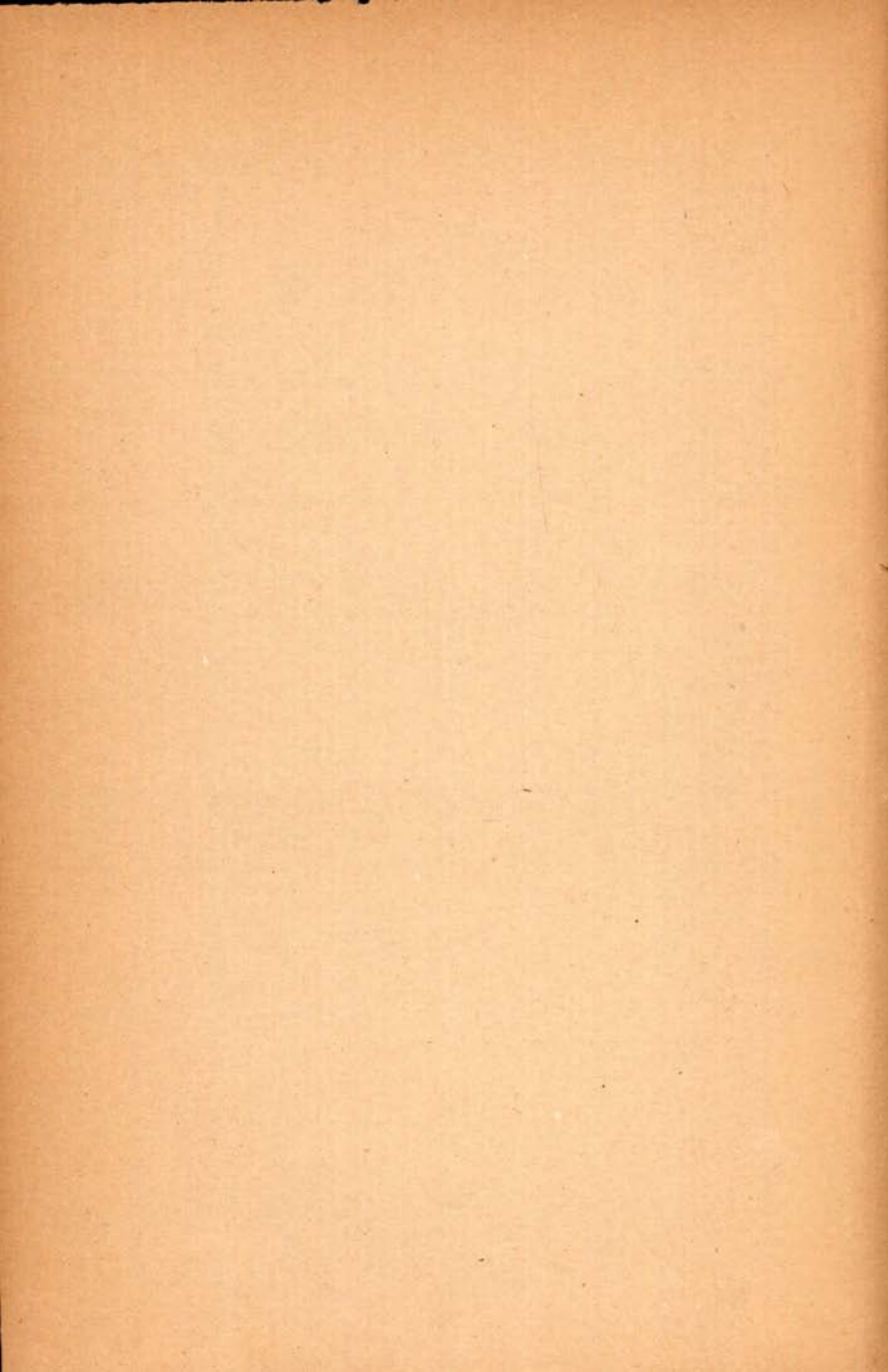
Toda mi existencia trágica se halla envuelta en círculos de horror, en los que fosforecen lívidas caras de muertos, pupilas martirizadas por la desesperación.

Y tú, maldita, mataste todas mis esperanzas, todos mis sueños, hasta el recuerdo noble y puro de aquella criatura ligera y pía, que pasó por mi vida como una suave sonrisa de misericordia y de ternura.

Hoy mi vida, no es sino una leyenda ambigua, terrible, perversamente hechizada, como la esmeralda de un anillo en una mano llena de sangre.

CAPITULO XVII

FINAL



El Islam me envolvía como un sudario, y mi alma ya no era de este mundo.

Únicamente la leve y misteriosa vibración del silencio, interrumpía la paz religiosa de mi espíritu.

Rajma...

Sólo á ella veía en mi soledad, con su káftan de seda sangrienta, con sus pupilas bajas, y con sus lindas y bárbaras manos morenas que me traían el consuelo fresco y puro del agua.

Cuando yo conocí á esta salvaje y encantadora criatura de amor, llegaba con una tribu de esa extraña tierra del Sus, que tiene el áspero color leonado de una piel de fiera.

Era muy niña, y ya conocía todos los misterios sacerdotales de las danzas sagradas del

Oriente, y todos los oscuros y turbadores secretos del pecado.

Y sin embargo, en sus pupilas de oro, de noche y de sangre, persistía una fuerte y luminosa inocencia, como un velo de esplendor y de ilusión que le ennobleciera todas las imágenes y todas las sórdidas visiones de la vida.

Envuelta en su velo penetró en mi casa, y con un gesto inmóvil, como perdida en un ensueño, animó mi lar sobrio y fiero, con el son alegre de sus brazaletes de plata y con su voz alada y gorgeante de pájaro.

La noche que entró en mi estancia, ella lloraba, agitando sollozante su fino cuerpecito moreno.

Huraña se escondió en un rincón entre las mórbidas y ásperas pieles de fieras, y acurrucada y expectante, fulgentes las pupilas de un brillar metálico, me pareció como una fiera viva de ansia y de terror.

Me acerqué á ella sonriente y excitado.

Ella me miró con pupilas ariscas, miedosas, llenas de energía, y antes de que mis manos tocaran su resplandeciente vestidura de

seda, con un rápido movimiento tigresco. clavó en mi cara sus nerviosas uñas felinas teñidas de rojo.

Fluyó ligera la sangre, y entonces ella, irguiéndose repentina y transfigurada, se enroscó ágil á mi cuerpo, apretó su boca junto á la mía, y estrujó contra mi pecho sus breves y erectos pechos tiernos.

Desde entonces me aislé en mi hasbah milenaria, cerrada como todas esas casas moras construídas por hombres que aman el hechizo del misterio y que conocen toda la inconstancia de la mujer.

Pasaba mis días amando á Rajma, con espasmos llenos de ferocidad y de desesperación, ó contemplándola exquisitamente desvanecida en el claro-oscuro de las estancias sin luz.

En todos los momentos ella me daba una imagen plena y perfecta de belleza, y me traía el hechizo del olvido y me sumergía en un mundo nuevo de inexistencia, de prolongación, de acercamiento á la nada.

La veía reflejada en el agua del estanque, que le daba un esmalte prodigioso, bajo la

luna en la azotea que la vestía de una plata inmaterial de quimera, á la luz de mi lámpara que la enrojecía como una aparición diabólica.

Era una criatura soberbia de amor, que se daba toda entera, que ardía como una llama hasta extinguirse.

En aquella mujer el gesto del amor era ligero y fácil, como el bello impulso de una mano hacia una fruta llena.

Sobre el tapiz, después de la agonía de amor, yo retorcí violentamente su cabellera, que era como una ancha y fulgurante serpiente de metal.

Ella era pálida, horriblemente pálida, por su ardientísima voluptuosidad insaciable.

Aullaba frenéticamente en el espasmo como si la asesinaran, parecía después muerta, y, sin embargo, siempre ardorosa, siempre en fiebre, mortificaba mi lujuria con su lengua aguda y cruel como un puñal.

En la obscuridad absoluta de la noche yo sentía, sin embargo, la caricia turbadora de su mirada y vislumbraba su rostro que, como



una perla, tenía el oriente de un sueño y el brillo de la luna.

A veces, de su alma parecían nacer relámpagos.

Y aquel mi amor último era también triste, desolado, contemplando que ella á cada instante se acercaba á su fin, y presintiendo que ella también huiría de mí, dejándome como un cadáver, solitario en mi lar abierto á la desgracia y al buitre negro que habría de devorar mi corazón.

Yo no amaba en aquella criatura de alma bárbara, nueva y obscura, sino la gracia del olvido y el ensueño misterioso que ascendía de los jardines cerrados.

Vestida de joyas y de sedas, con su apariencia de joven reina legendaria, no era para mi espíritu sino un breve fulgor precioso.

Y una noche, ella desapareció...

Huiría quizá con otra caravana á su tierra febril del Sus, moriría tal vez degollada por sus compatriotas, elásticos como serpientes.

Quedé solo, desesperadamente solo, sin más compañía que tu recuerdo, lejana y perdida,

y algunas joyas toscas y magníficas que dejó olvidadas la fugitiva.

Mi alma tocaba la muerte...

El pensamiento seguía á la mirada, y la mirada se perdía indiferente en horizontes infinitos,

Todo parecía inútil, espantosamente desolado, implacablemente muerto.

A la media noche, á la hora de los presentimientos y de las apariciones, no se oía sino el ruido de algún caballo atado junto á la tienda, el sonar de las pulseras de alguna mujer que amaba, el rumor tenuísimo de la arena arrastrada por el viento.

Nada pedía ya á la vida, más que una noche estrellada, los sonidos de un *guembré* como lentas gotas de agua resbalando de la taza de una fuente, algún canto árabe torturado por mi mismo dolor, un rincón de mezquita lleno de frescura y de suave magnificencia, en donde se lee el libro de Dios y se piensa dulcemente en la muerte.

Pronto mi tumba se abrirá junto al camino por donde pasan las caravanas que van al desierto; seré un poco más de polvo entre la

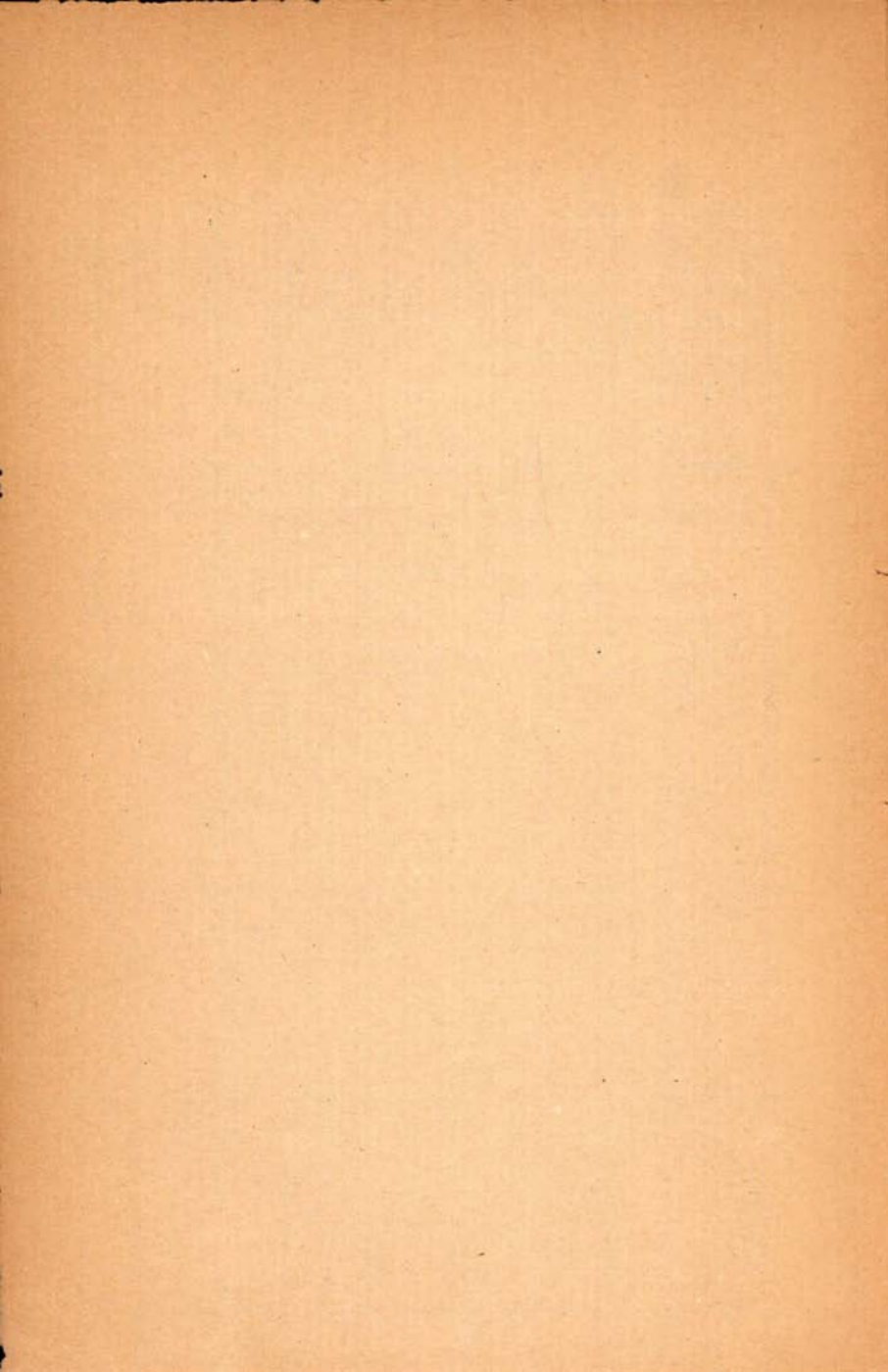
arena, y las caravanas aún pasarán siglos sobre mi sepultura, cantando la eterna canción del amor y del dolor.

Y cuando muera, cuando Dios recoja mi alma, que no será sino un pobre despojo sangriento, todavía mis labios dirán tu nombre, lejana, y todavía la última llama de mi espíritu se tenderá hacia ti...

Cumplase lo que debe cumplirse.

Y que Allah, mi Dios, te dé la paz y la sonrisa suave en la hora de la muerte.

En el Mogreb, y bajo la luna de Ramadán.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Capítulo primero. — Hechizo moro.....	5
Cap. II. — Beni-Nuar.....	15
Cap. III. — Mi kasbah.....	25
Cap. IV. — Días árabes.....	35
Cap. V. — Junto al desierto.....	47
Cap. VI. — Los recuerdos.....	53
Cap. VII. — Sobre el mar.....	61
Cap. VIII. — Esmeralda de Egipto	71
Cap. IX. — Tedio.....	81
Cap. X. — Aquel día.....	87
Cap. XI. — En el ensueño de la India.....	95
Cap. XII. — Renunciación.....	105
Cap. XIII. — Paisaje de China.....	113
Cap. XIV. — Sol en el Soko.....	125
Cap. XV. — El Café Moro.....	135
Cap. XVI. — Suave y Pía.....	143
Cap. XVII. — Final.....	163

SE ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DÍA XIV DE FEBRERO DE MCMXIII
EN LA IMPRENTA HELÉNICA,
PASAJE DE LA ALHAMBRA,
NÚMERO 3,
MADRID